

PROYECTOR

FilmoTeca
de Catalunya

MAGAZINE
ESPAÑOL
DE CINE



ABRIL, 1936

GINGER ROGERS
estrella de la Radio



20th
CENTURY
FOX

PRESENTA

en
CAPITOL

Rebeldes

La última y más extraordinaria creación
de

SHIRLEY TEMPLE

en
FANTASIO

**El Rey del
Bataclán**

Algo nuevo en el género de
revistas cinematográficas

con

WARNER BAXTER,
Alice Faye y Jack Oakie

próximamente

en
FANTASIO

**Soldado
Profesional**

Una fina sátira, cómica y
dramática a un tiempo

con

VICTOR McLAGLEN,
FREDDIE BARTHOLOMEW,
Gloria Stuart, Michael Walen

Nueva piedra an-
gular del cinema

PARA TI LECTOR O LECTORA... SON ESTAS LINEAS

PROYECTOR

AÑO II

15 de abril de 1936

Núm. 6

DIRECTOR: F. JAVIER GIBERT

REDACCIÓN Y TALLERES: Calle Borrell, 243 - 249
ADMINISTRACIÓN: Calle de la Diputación, 211
BARCELONA



Felices Pascuas les desea Juanita Quigley, precoz artista de la Metro-Goldwyn-Mayer

CON el presente número son seis los que lleva publicados PROYECTOR. Medio año de vida, de vida fructífera, de éxito claro, rotundo, éxito halagador que hace que nosotros, los editores, nos sintamos deudores de todos. Tú, lector o lectora, has comprendido el esfuerzo que requiere la publicación, en España, de una gran revista como PROYECTOR, y tu comprensión, convertida en apoyo material, ha hecho que fuera realidad lo que parecía un sueño.

Muchas son las misivas de elogio y alabanzas que han llegado hasta nosotros, a las que no hemos contestado porque hubiera significado un trabajo impropio; pero hoy, desde estas líneas, contestamos a todos para daros las gracias por vuestros alientos y felicitaciones. Estas, con ser muchas y valiosas, no nos han engreído, ya que aun no hemos llegado a la meta de nuestros propósitos; probablemente no la conseguiremos nunca, pues nuestro afán de superarnos hace que cada día y cada hora veamos abrirse ante nosotros nuevos horizontes que conquistar.

Son muchos los lectores y las lectoras que se dirigen al director de PROYECTOR solicitando que se publique tal o cual fotografía, información, reportaje, etc. Hemos procurado satisfacer a todos y desde aquí os invitamos para que con vuestras sugerencias y solicitudes ayudéis a la confección de esta publicación.

PROYECTOR se edita solamente para satisfacer al público, a sus lectores, que hoy ya forman legión; así es que no debe pesaros el dirigiros a esta redacción donde nos encontraréis siempre dispuestos a servirlos.

Pide, lector o lectora, con la seguridad de que verás realizados tus deseos, ya que, como decimos, a vuestro servicio está

LA REDACCIÓN
de
PROYECTOR

NOTICIARIO



El film nacional «Lola Triana» que protagonizaba Raquel Meñer, ha sido suspendido en su rodaje, por considerarse sus miradas realzadoras que era bastante imperfecto. Descansa en paz, Lola Triana!

Procedentes de América, donde han realizado algunas películas, han regresado a Europa los actores Jan Kiepura y María Fiebert. Vuelven contentos, alegres y —cosa rara— sin divorciarse.



Harry Baer interpreta a Rodolfo de Bohemia, el rey orate, en el film «Golem», bajo la dirección de Julien Duvivier, el genial animador de «Gólgota».



Annabella interpretará a Carlota en el film «Weather», próximo a realizarse en los estudios franceses. Es de esperar que la famosa novela de Oetche, adaptada al cinema, sea más chusa y origen de algún suicidio romántico.



NOTAS PORTUGUESES

El cinema portugués, desconocido completamente en España, viene destacándose por una serie de realizaciones basadas en temas muy literarios y sugestivos, entre los que destacan «Odo Bravo» y «Las pupilas del señor Rector». El primero, de fotografía excelente, relata la vida de un lidiador. El último film se desarrolla en el ambiente típico de una antigua aldea portuguesa.

El animador lusitano Leitao de Barros, que realizó «Severa», «Maria do mar» y «As pupilas do senhor Rector», dirigirá también una película titulada «Bocage», cuyo argumento evoca el Portugal atrevido y frívolo de fin de siglo.

Se asegura que «Bocage» se realizará en dos versiones: brasileña y española. Celebraríamos que esto último no fuese una noticia de celumbros, más bien que real. Acaso así, los artistas españoles, bajo el mando de un director extranjero, deseen una muestra de su talento artístico, tan incomprendido por los realizadores hispanos.

En la producción portuguesa «El trébol de cuatro hojas» actúa el actor brasileño Procopio Ferreira, además de Natí Fernández y Beatriz Costa. La dirección corre a cargo del literato Chianca García.

¿Saben ustedes el nombre de la máxima estrella de la cinematografía portuguesa?... Es María Costeiu, una joven artista de rostro helénico y estilizada figura, que acaso pronto veremos protagonizando un film próximo a estrenarse en los salones españoles. —S. M.



CLARK GABLE

FRANCHOT TONE



EL IRRESISTIBLE GALÁN
CLARK GABLE
LA BELLEZA DOMINADORA DE
JOAN CRAWFORD
LA GRACIA ENCANTADORA DE
SHIRLEY TEMPLE
LA SIMPÁTICA ELEGANCIA DE
FRANCHOT TONE

Puede tener la fotografía de estos ídolos modernos y la del artista por usted preferido
MAGNÍFICAS FOTOGRAFÍAS CON BRILLO, TAMAÑO 22x28 CENTÍMETROS

Precio: DOS pesetas
COMPRANDO MÁS DE TRES, A 1'80 PESETAS
PIDA VD. SU ARTISTA PREFERIDO SEA EL QUE
SEA Y SE VERÁ COMPLACIDO.

REMITA SU IMPORTE A
FOTOS CINE-FORT
Salón García Hernández, 165, 4. P. - Teléfono 81661 - BARCELONA
Remitiendo su importe más 0'30 pesetas se manda certificada. Contra reembolso una peseta más.



JOAN CRAWFORD



SHIRLEY TEMPLE



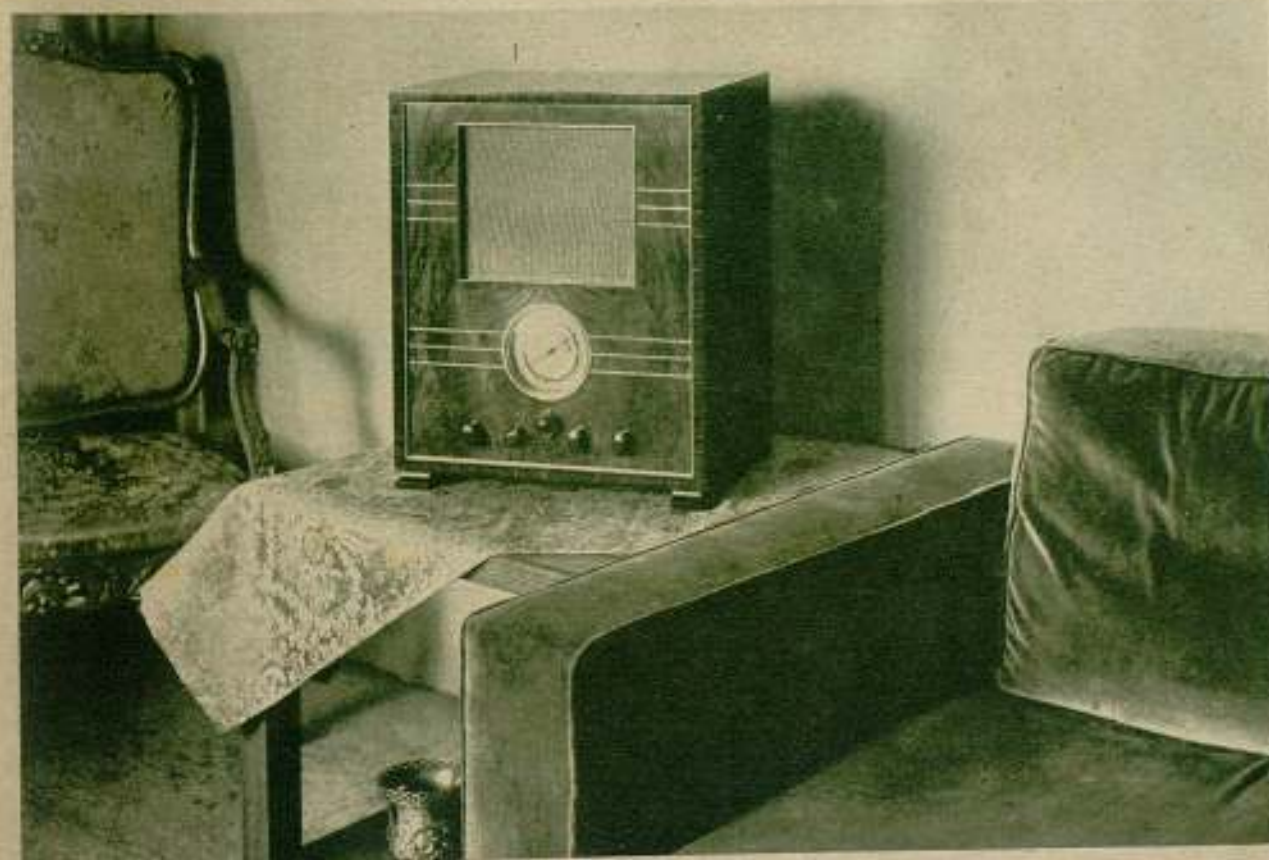
Kita Asher, el galán sueco recientemente divorciado de Vivian Duncan —hija de la famosa bailarina Isidora Duncan—, ha llegado a Londres para protagonizar la producción titulada «Barco, quinientos».



Raul Roulico y Conchita Montenegro, que han protagonizado el film brasileño «Jangada», están en la actualidad en los Estados Unidos, haciendo una gira artística, en compañía de algunos artistas y músicos sudamericanos.

GRÁFICO

NUEVO SUPERHETERODINO PARA TODAS ONDAS R 1432



RADIO «LA VOZ DE SU AMO» PELAYO, 1

CARACTERÍSTICAS:

Círculo Superheterodino con control automático de volumen; estabilizador automático de señal; convertidor Hexodo; condensador con nueva suspensión; cuadrante totalmente iluminado y calibrado en kilociclos y megaciclos; bandas en diferentes colores. Para recepción de todas ondas en las tres bandas: (X) 140-410 K. C., (A) 540-1800 K. C., (C) 6000-18000 K. C. 8 válvulas, siete de ellas metálicas. Puede funcionar a cualquier voltaje de corriente alterna comprendido entre 100 y 250 voltios, 40-60 periodos. Lleva terminales para conexión de pick-up.

FilmoTeca
USE PRODUCTOS DE BELLEZA

dermasol



realzarán
su
hermosura

DÍA: Lече nacarado, crema mate, polvos, colorete DERMASOL.
NOCHE: Crema limón limpiadora, crema nutritiva huevo, aceite limpiador nutritivo DERMASOL.

JABON LECHE DERMASOL

Laboratorios A. PUIG - Valencia, 293, Barcelona
(Pida Vd. folleto Lactes Dermal, envío gratis)

El cinematógrafo y su evolución

especial para
PROYECTOR

por
MARY M.
SPAULDING

Fred Astaire y Edward Everett Horton en la deliciosa comedia musical «El sombrero de copa», de la R. K. O. Radio.

(Foto Radio)

ECHEMOS una rápida mirada retrospectiva al cinematógrafo. Cabalquemos sobre los siglos y detengámonos un instante en el antiguo Egipto, donde florecía la ciudad de Menfis.

La proyección luminosa preocupaba ya a sus viejos sacerdotes, quienes en sus iniciaciones secretas y misteriosas buscaban el camino que había de conducir más tarde a la cinematografía, con el auxilio de su «linternas mágica». Era el primer paso para dar movimiento a la sucesión de las imágenes.

En aquellos remotos tiempos, la ciencia estaba vinculada estrechamente con la superstición y las cosas supernaturales.

Los sabios, cualesquiera que fueran sus teorías o inclinaciones, se ocultaban con la misma tenacidad que si fueran individuos viviendo al margen de las leyes, pues cada descubrimiento encaminado al adelanto científico de la humanidad, era perseguido cruelmente y más de una vez los iluminados pagaban con su vida el crimen de querer arañar los misterios que encerraba la Naturaleza, bajo la sospecha indigna de la herejía o haber hecho pacto con Satán, el rey de las tinieblas.

Prosperaba la intransigencia amparada por la carroña de la ignorancia. Poco a poco, a medida que caían los héroes que ofrecían su vida en holocausto a la evolución de la sociedad, los hombres comenzaron a prestar mayor atención a la necesidad de buscar nuevos derroteros, capaces de iluminar el sendero futuro de los pueblos, agobiados bajo la superstición y el fanatismo de infinitos siglos de obscurantismo y barbarie.

La condescendencia fué borrando fronteras de ignorancia y la luz de nuevas ideas fué iluminando las conciencias. Se suprimieron los autos de fe y las bibliotecas comunes tomaron paulatinamente el puesto de las piras ignominiosas. Floreció poco a poco la libertad del pensamiento.

En París, la ciudad Luz, surgieron los hermanos Augusto y Luis Lumière, y la antigua y polvorienta «linternas mágica» de los sacerdotes de Menfis se convirtió en la posibilidad que dió más tarde vida al séptimo arte.

El primer aparato, juzgado portentoso, significaba esfuerzos gigantes por parte de aquellos iluminados que apenas podían prever la importancia que tendría en el futuro el «movimiento de las imágenes».

En 1899 los hermanos Pathé compraban a los Lumière el aparato cinematográfico, que después de reformado para su explotación comercial se llamó «Pathé-Frères».

Las primeras películas fueron deliciosamente absurdas por su intanquidad e incoherencia. Constan de unos cincuenta pies y sus temas estaban al alcance de un cerebro de dos años. Toda la epopeya cinésica podía consistir en una escena en la cual cierta persona daba de comer a unas palomas. Con los primeros vuelos y el primer piqueo de los granos, comenzaba y terminaba la producción.

Otras, las encaminadas a plasmar un momento dramático, se podían referir a un incendio. El carpintero cepillaba un trozo de madera. Caían al suelo las virutas y al contacto con un fósforo se incendiaban, causando la catástrofe que comenzaba y terminaba allí.

Entre el año 1895 o el 1903 y la época actual, y en relación al número de años, el período es comparativamente corto. En la evolución del cine, empero, es el lapso de tiempo que existe entre el protoplasma y el hombre moderno.

Los primeros intentos de darle forma al movimiento de las imágenes y coordinarlas en una sucesión lógica y normal, eran los primeros pasos del infante que se prepara a caminar y culminaron en el arte cinematográfico de 1935.

Ahora la pantalla compete gallardamente con las otras artes, como la pintura, la escultura, la literatura, etcétera, con la ventaja de



Victor Mac Laglen en una escena del espléndido fotodrama «El delator», considerado como la mejor película norteamericana 1935.

(Foto R. K. O. Radio)

«Rebelión a bordo», espléndida película de la Metro, con Charles Laughton, Clark Gable y Franchot Tone, honrada también entre las diez mejores del año 1935.
(Fotos M. G. M., envío de M. Spaulding)



Gary Cooper, cuyo avance en la cinematografía es digno de encomio, en la espléndida película «Tres lanceros bengalíes», una de las mejores películas de 1935.
(Foto Paramount)



La eximia actriz Katharine Hepburn y Fred Mac Murray en el bello poema «Alice Adams», de la R. K. O. Radio.
(Foto Radio)

que este arte, siendo gráfico, permite la máxima intensificación y asimilación de la cultura, no solamente en las ciudades donde los medios al alcance del pueblo son más amplios, sino hasta en los pueblos más pequeños y aislados del planeta.

El arte cinematográfico se llamó «silente» y era ya bastante interesante de por sí. Pero faltaba la palabra, y antes de creer siquiera en la posibilidad de semejante adelanto, Edison comenzó a pensar en adornarlo con el «sonido».

Se hicieron discos fonográficos que se colocaban detrás de la pantalla y los primeros sonidos de una película fueron los ladridos de algunos perros.

La diferencia es grande, sin duda alguna, entre aquellas primeras películas, ya admiradas como cosas de importancia en el desenvolvimiento de este arte, y la producción llevada a la pantalla por Warner Brothers, al presentar su «El cantor de jazz», con Al Jolson, primer individuo que escuchó su voz reproducida en el film.

La diferencia era grande aun antes de que esta película revolucionara al cinema; y aquellas en que Pina Minichelli, la gran artista italiana, se desmanjara de manera tan dramática y artificial; entre aquellas en que el barbero, haciendo las veces de dentista, utilizara absurdos aparatos encargados de anestesiar al paciente; en que Ruth Roland, cabalgando sobre los lomos de un brioso corcel, escapara milagrosamente a la persecución de un grupo de bandidos; en que Max Linder, el inolvidable cómico francés, se arrancase los cabellos por

haber roto un espejo, o en que Chaplin iniciara sus primeros ensayos cómicos frente al objetivo de la cámara.

La diferencia entre la primera película parlante de Al Jolson y la producción actual es grande. Tomemos como ejemplo la producción cinematográfica de Norteamérica durante el año 1935.

Entre la serie enorme de producciones de alta categoría que se han llevado en ese período a la pantalla, se destacan diez, elegidas por los más eminentes críticos como las mejores de la temporada. La primera, la que obtendrá sin duda alguna la mención honorífica de la Academia de Arte y Cinematografía, es «El delator», espléndidamente interpretada por Victor Mac Laglen, quien se colocó con ese film entre los más extraordinarios actores dramáticos del arte séptimo. Siguen como producción de la misma casa R. K. O.-Radio, «El sombrero de copa», con la inimitable pareja de bailarines Fred Astaire y Ginger Rogers, y «Alice Adams», con Katharine Hepburn. La Metro-Goldwyn-Mayer ha producido, entre otras de verdadero valor artístico, «David Copperfield», inspirada en la clásica novela de Carlos Dickens; «Rebelión a bordo», extraordinario documento filmico que pasará a la historia por su técnica perfecta, y «Ana Karenina», de exquisita belleza sentimental; «Los miserables», de la inmortal novela de Victor Hugo, presentada por los Artistas Asociados; «Tres lanceros bengalíes», hermosísima obra de sabia interpretación, en la que Gary Cooper demuestra su gran talento histrionico; «El lirio dorado»

Madge Evans y Frank Lauton en «David Copperfield», otra de las obras clásicas que se disputan los honores del premio de la Academia en 1935.
(Foto Metro-Goldwyn-Mayer)



Greta Garbo, la mujer esfinge, y Fredric March, en una escena de la película M.-G.-M. «Ana Karenina», juzgada por la crítica como una de las diez mejores de 1935.
(Foto M.-G.-M., envío de Mary Spaulding)

Fredric March en el papel de Jean Valjean, de la inmortal novela «Los miserables», de Victor Hugo, producida por Artistas Asociados.
(Foto United Artists)



y la exquisita comedia «Nobleza obliga», con Charles Laughton, estas tres últimas de la casa Paramount. Y las «Silly Symphonies», del genial Walt Disney, cuyas caricaturas animadas han sido elogiadas en cada país de la tierra.

Podíamos citar muchas más que merecen el respeto del crítico más escéptico, pero éstas bastan para hacer un parangón entre aquellos primeros pasos en pos de la perfección cinesca y lo que se lleva actualmente a la pantalla.

Sin embargo, la cinematografía, a pesar de sus inmensos adelantos, es un arte y una industria que apenas han alcanzado su mayoría de edad.

Queda mucho que hacer para poder decir que ha llegado a su máxima perfección. Y las casas filmadoras, inspiradas por el deseo del lucro y animadas por la cultura mayor cada día de los pueblos que hacen posible su avance comercial, y más eficazmente aún por la competencia enorme con que se enfrenta, se proponen estudiar seriamente el desenvolvimiento del extraordinario arte a que nos referimos.

Al comenzar el año, por ejemplo, la casa Metro-Goldwyn-Mayer, a la cabeza siempre en la industria, presenta una de las más bellas obras filmadas al producir «Historia en dos ciudades», de la célebre novela de Dickens. Esta película es el paso más certero hacia la consagración definitiva del cinematógrafo como fuente de emoción y de instrucción. Su brillante dirección, su maravilloso engranaje en

el cual cada detalle se destaca por sí sólo, la erección de sus escenarios; la actuación discreta y llena de emotividad de sus artistas, el conjunto en fin, es el nuevo modelo que ha de guiar al fotodrama del futuro.

Bastaría solamente hablar del arte de Ronald Colman para impresionar al lector con la belleza de esta obra. Ronald Colman, el actor que ha mantenido a través de los años su prestigio de galán romántico entre todas las féminas del mundo.

Joven, de singular belleza varonil, que no estriba en unos cuantos detalles más o menos armónicos del rostro, sino en la fuerza espiritual que hace de él un hombre en toda la amplia acepción de la palabra; rico y con el incentivo extraordinario de su agresiva soltería, Ronald Colman ha sido desde hace años el blanco de las miradas de todas las madres con hijas casaderas, en Hollywood.

Una aureola de escepticismo y frialdad aristocrática y el prestigio de unos amores desgraciados —una de esas heridas espirituales de que no curan los corazones apasionados— han prestado mayor atractivo a los ojos sentimentales de las chicas románticas.

Los héroes de las lides del amor, aun cuando hayan salido vencidos y maltrechos en la batalla pasional, crecen a los ojos femeninos, como los soldados sin brazos y sin piernas que arrojan las guerras.

Ronald Colman se ha encontrado perseguido durante varios años

Charles Laughton y Charles Chaplin en una escena de la película «Modern Times» de 1936.



Donald Wood y Elizabeth Allen en los papeles románticos de la maravillosa producción «Historia de dos ciudades». (Fot. M.G.M.)



Ronald Colman y Donald Wood en una escena de «Historia de dos ciudades», la mejor película presentada en 1935. (Fot. M.G.M.)



Charles Laughton, Mary Boland y Charlie Ruggles en la deliciosa comedia «Hobles obligas», producida por la Paramount y una de las mejores en su estilo de 1935. (Fot. Paramount)



La deliciosa y gran estrella Clodette Colbert, auxiliada por el nuevo galán Fred Mac Murray y Ray Milland, en una escena del film «El lirio dorado». (Fot. Paramount)

por una legión de muchachas hollywoodenses y admirado por un ejército de chiquillas soñadoras y lejanas que buscan en la pantalla al ideal de sus corazones.

La historia de sus primeros y únicos amores, que culminaron hace pocos años en un divorcio, le han tejido una leyenda misteriosa y fascinadora.

Y este hombre, amado por las mujeres y envidiado secretamente por tantos hombres, presta de manera excepcional su concurso para hacer de la película «Historia de dos ciudades» una de las más notables producciones de este año que apenas comienza.

Obra pletórica en momentos de intenso interés y emoción dramática; jirones vividos y elocuentes de la situación política y social que culminó con la valiente toma de la Bastilla, cuando el populacho tramitó, enfurecido por el hambre y la bilis acumulada durante siglos de servidumbre, se lanzó loco a la calle para reivindicar sus derechos, ahogándolos a la vez en sangre inocente!

Hermoso poema en que el amor, para facilitar la tendencia sentimental que guía al cinematógrafo, tiene toda la delicadeza de un verso de Dario. La película hubiera sido buena, por ser un documento histórico, sin la interpretación de Ronald Colman; pero con él ha sido sencillamente sublime.

Charles Dickens, el genial novelista que supo tejer alrededor de los

acontecimientos luctuosos y brutales de la Inglaterra y la Francia de aquellos preteritos días, un romance ideal, hubiera quedado satisfecho si le hubiese sido posible contemplar su obra en la pantalla.

¿Qué pensarían los sacerdotes de Menfis si pudieran sacudir el polvo de estos siglos y vivir en el presente, con sus mismas ideas e inspiraciones, si les fuera dado contemplar el adelanto de su «linterna mágica»? Los hermanos Lumière..., Pathé Frères..., los otros que siguieron sus huellas y han visto el desenvolvimiento vertiginoso de este arte maravilloso, ¿qué pensarán del momento actual en que la cinematografía se ha convertido en la más poderosa de las industrias artísticas?

Y, sin embargo, nos preguntamos qué pensarán las generaciones del futuro de lo que la pantalla presenta hoy como obras máximas.

¡Tal vez lo mismo que pensamos nosotros de aquellas primeras películas en que toda la acción se desarrollaba incoherente y sin método alguno, en cincuenta pies de film!

El tiempo y la fecunda imaginación del hombre, junto a la libertad de acción y de conciencia que han dado al traste con las viejas ideas y la superstición, harán mucho aún en pos de la perfección de este arte tan nuevo y sin embargo tan viejo. ¡Tan viejo como los vetustos huesos de los sacerdotes de Menfis!

Mary M. SPAULDING
Nueva York, febrero 1936.

Florine McKinnel



Foto M.-G.-M.



FilmoTeca
de Catalunya



Foto Columbia

Sally Eilers

ESTRELLAS ESPAÑOLAS

LINA YEGROS

UNA mujer maravillosamente bella: los cabellos rubios, como el trigo maduro; los ojos, grandes, color de esmeralda; la boca, carnosa, roja como un fresón. La figura, esbelta, recia y a la vez flexible. Bajo la tela sutil que envuelve el cuerpo, se presiente, se adivina cómo palpita la carne morbida, apretada, suave. Es un estremecimiento glorioso de esta mujer. Naturaleza de esta escultura de carne victoriosa en la pompa de una juventud resplandeciente.

Una mujer así, tan plena de belleza, tan encendida de juventud, tan henchida de Naturaleza, es un canto jocundo a la Vida, es la melodía sostenida, tensa, del Amor. ¿Es esto la «sex-appeal»?

¿Son éstos los materiales de que se forma, en lo físico, la «sex-appeal»? Pues si ha de ser así, Lina Yegros es la más perfecta «sex-appeal» de nuestro cine-ma y una de las artistas que posee esa fuerza atracción sexual, en su grado más alto, del cine europeo y americano, que equivale a decir del cine mundial.

Pero esas cualidades puramente físicas no bastan. El «sex-appeal» es una cualidad moral y temperamental, tanto como física. Una escultura trabajada en barro humano puede ser fría, estática. Y entonces, a lo sumo, puede producir en nosotros un sentimiento estético o friamente intelectual, pero no darnos una sensación vital, atraernos como un abismo en un delirio demoníaco de posesión.

Greta Garbo — modelo entre modelos de esa clase de mujeres que poseen atracción sexual — no es precisamente lo que llamaríamos una obra perfecta, sin ningún error en lo externo, de la Naturaleza. Sin embargo, es la primera vampira de la pantalla cinematográfica. Para serlo, reúne la cuali-



Lina Yegros es la más perfecta «sex-appeal» de nuestro cinema.

La figura esbelta, seria y a la vez flexible, de Lina Yegros.

dramático, según las circunstancias ficticias creadas por el autor, en torno al personaje y al ambiente de la escena. Lina Yegros, antes de pisar la «platea» de un estudio cinematográfico había pisado los escenarios teatrales. Su actuación en el teatro abarca solamente dos años, siempre como una segunda figura muy discreta, en papeles de dama joven. Comenzó en el teatro formando parte de la compañía de Hortensia Gelabert — Juan Bonafé pasó luego a la de Irene López Heredia —. Mariano Asquerino se presentó más tarde en el Rómulo, junto a Carmen Carbonell y Antonio Vico, con *El Divino Impaciente*, de José María Pemán. En esta obra la vio trabajar Francisco Gargallo, que buscaba entonces la protagonista de su film *Sor Angélica*.

Lina Yegros hizo el número cuarenta de las muchachas a quienes Gargallo sometió a la prueba del celuloide y del micrófono para el papel de *Sor Angélica*. Y quedó contratada. Dos años de actuación en el teatro no habían amañado apenas el arte de la joven actriz. Su espíritu ágil, su temperamento dúctil, pudo desprenderse fácilmente de una técnica interpretativa para adaptarse, sin gran esfuerzo, a otra de distinto estilo y calidad.

Cualidades fotogénicas —esas que buscan, o parecen buscar todos los directores— las tenía: cara bonita, ojos grandes, llenos de luz y expresión, y una figura muy gentil... ¿Puta qué más?

Lina Yegros pertenece definitivamente al cine. Dos años de actuación, cuatro films: *Sor Angélica*, *El octavo mandamiento*, *La bien pagada* y *El secreto de Ana María*. Una línea ascendente en su arte, en el que cada vez se muestra más segura y desenvuelta. No creo, sin embargo, que Lina Yegros se haya encontrado a sí misma, íntegramente, en ninguno de los personajes que lleva interpretados para la pantalla. Su papel en el cine está por escribir. Porque hasta ahora —y esta es la ocasión de aclarar conceptos anteriores— el triunfo de Lina Yegros ha sido, principalmente, exclusivamente casi, el triunfo de su belleza, pero no el de su sensibilidad, el de su temperamento. Su belleza por encima de cualquier otra condición de orden espiritual y artístico. Su belleza, que se acomoda y resplandece por igual en la monja que en la pecadora.

¿Pero cuál de las dos encaja mejor en el temperamento artístico de Lina Yegros?

Su belleza quedó bien encuadrada en las tocas y hábitos monjiles de *Sor Angélica*.

Lina Yegros en *El octavo mandamiento* marca la línea ascendente de su arte.



dad más preciosa: una psiquis demoíaca, un temperamento febril, sujeto, como prisionero, en una escultura carnal, en una corteza física, fría y blanca como la nieve de su Suecia. Este carácter apasionado que arde en su sangre sin calentarle la carne no es más visible que lo sería la llama de un candil vista a través de un espeso muro de hielo, y de ahí el poder de seducción de Greta, a la que el hombre se acerca lleno de inquietud, angustiado de su propio deseo, atraído, absorbido por esa mujer, que, más que hembra, es la teoría viviente, hecha carne, de Freud.

Lina Yegros no es tan sutilmente complicada como Greta Garbo; no hay en la «estrella» española, como lo hay en la sueca, nada demoníaco, freudiano, ni metafísico. Es naturaleza, belleza física integral.

Por esta causa, Lina Yegros ha podido encarnar indiferentemente, sin violencia para su temperamento artístico, sin extorsión para su figura, la monja de *Sor Angélica* y la pecadora de *La bien pagada*. Si su belleza quedó bien encuadrada en las tocas y hábitos monjiles, no resalta, menos en las toaletas elegantes, que dan a su silueta una línea atrevida, excitante y sensual, con que envuelve a la mundana de la novela del «Caballero Andaz». En cualquier personaje estará bonita Lina Yegros. Porque ser bonita es su mejor fotogenia, lo que desde el primer momento la ha clasificado entre las «estrellas» del cine hispano. Lo mismo en la ingenua que en la vampírea, tendrá ese encanto, ese atractivo de su físico bien tallado.

Pero no se tome este elogio de la mujer como torpe insinuación de que en él se concentra todo el mérito de la actriz. Lina Yegros es una mujer hermosa, cierto, pero es también una artista dotada de sensibilidad, capaz de reaccionar ante la cámara, de un modo sentimental o

¿En cuál de los dos personajes se encuentra más cohibida, más extraña, la personalidad moral de la actriz? No se nos ha revelado. Acaso, ni la monja ni la mundana son su medida espiritual ni artística. Lina Yegros, que ha interpretado bien sus papeles, no ha logrado darle a ninguno de ellos la superior categoría de creación. Su arte es capaz de alcanzar esa talla interpretativa en que la actriz queda definitivamente consagrada, pero hasta ahora —y reconocerlo es el mejor elogio de Lina Yegros— no ha existido relación entre la psicología dramática del personaje y a temperatura moral y la fibra emocional de la intérprete.

El día que un cinematógrafo, que un director, logre esa ensambladura temperamental entre su personaje y la actriz, Lina Yegros convertirá su interpretación en creación, se hará carne y espíritu del personaje y su arte habrá dado el acorde más alto y límpido que pueda dar.

MATEO SANTOS



1

2

3



IRENE DUNNE EN EL FILM

Parejas; dúos de amor —de amor dulce, apasionado, ardiente...— en los que cada cual ve plasmada la quimera que forjó en sus más íntimas horas de ensueño.

ARNER BROS. «BELLA ADELINA»

¿Parejas apasionadas? ¿Serenas? ¿Ardientes?... ¡Qué más dal! En todas ellas el mismo deseo de fundirse con el ser querido en un ensueño eterno de amor.



4

5

1.— Lillian Harvey y Willy Fritsch - Foto Ufa

2.— Janet Gaynor y Henry Garat - Foto 20th Century - Fox

3.— Joan Crawford y Brian Aherne - Foto M. G. M.

4.— Eleanor Powell y Robert Taylor - Foto M. G. M.

5.— Carol Lombard y Preston Foster - Foto Universal

6.— Ginger Rogers y Franchot Lederer - R. K. O. Radio



El último AMOR de

*Paulette
Goddard*

No puede negarse que Charlot, el admirable Charlie Chaplin, maestro de la mímica patética y estratega del film, es un gran desgraciado en amores, a pesar de que ahora se le considera feliz con su último amor Paulette Goddard. En ese aspecto puede compararse a Napoleón, el famoso corso que un día inquietó Europa entera y cuyas hazañas como soldado están muy lejos de compararse con las llevadas a cabo como hombre. De nada sirve el cerebro cuando el corazón es blando o se está realmente enamorado. Entonces el genio permanece dormido o se manifiesta con más fuerza, prevaleciendo el sentimiento natural del individuo en todas sus formas. A veces, se es un chiquillo enredador y travieso; otras, un ser tan ingenuo y dulce que provoca risas en la intimidad.

Charlot es el Napoleón del film, porque resulta un incomprendido en materia amorosa. No sabe mirar a las mujeres con otros ojos que los del alma. ¡Ah! Pero si supiera mirarlas con los que lleva en la cara, ¡adiós todo ese tesoro de ternuras y delicadezas que lleva guardado en su pecho!... Charlot dejaría de ser quien es para convertirse en un ente vulgar.

Las mujeres se le dieron con facilidad y no reparó que en ello estaba el peligro de su infelicidad. Ni una sola de las que le pertenecieron legalmente, le quiso, desprovisto de su fama y sus millones. Entre todas, sólo Lita Grey —la que menos le amó—, le dio dos hijos, aunque parece paradoja. Pero dejemos el pasado donde quedan los nombres de Mildred Harris —su primera mujer—, May Mac Avoy, Claire Windsor, Marina Vega —la infortunada muchacha que fué causa de su separación con Pola Negri—, y tantas otras que cruzaron por la vida del cómico genial, sin que la prensa registrara sus nombres. Hablemos de su último amor, de la muchacha que ya es famosa por haber aparecido a su lado en el film «Tiempos modernos».

Se llama Paulette Goddard y resulta que no es francesa ni inglesa como se creía al principio, sino rusa e hija de un emigrado moscovita residente en París. Su verdadero nombre es Nadia Emigashvili; pero cuando fué a Hollywood lo cambió por el que ahora es ya conocido mundialmente. Además, Paulette era una desconocida, antes de conocer a Charlot. Verdaderamente que esto parece una tontería, sabiendo que todos

CHARLOT

FilmoTeca
de Catalunya



sus descubrimientos femeninos han sido lo mismo hasta que no los hizo suyos. Pero es que su nueva «partenaire», a diferencia de las otras mujeres del gran mimo, ya había mostrado sus encantos como bailarina en las comedias musicales de Nueva York y hasta había aparecido en algunas películas, entre las que figura «Torero a la fuerza», de Eddie Cantor, mostrando algo más que sus extremidades inferiores.

Charlot conoció a su última mujer —que no es otra que Paulette Goddard, según nuestras noticias— en París y allí ambos se casaron en secreto, tan en secreto que ya todo el mundo sabe que uno y otro son marido y mujer.

¿Encontró el mago del silencio en Paulette Goddard lo que no pudo hallar en sus otras mujeres?

Las crónicas y los chismosos del otro lado del Atlántico cuentan que Charlot, el más voluble de los hombres, está enamorado de verdad de su nueva costilla. A nosotros no nos extraña porque sabemos que «el Napoleón del film» siempre lo ha estado de todas sus mujeres hasta que se cansó de ellas o al revés.

Pero aunque se divorcie algún día, nadie le podrá negar el mérito de haberse casado por tercera vez y de haber descubierto otra estrella.

Si cada película suya constituye un nuevo descubrimiento femenino, no todos pasarán al dominio de su intimidad: ni Georgia Hale, su compañera en «La quimera del oro»; ni Margarita Churchill, la inolvidable cieguita de «Luces de la ciudad».

No obstante hubo otras que pudieron serlo sin tener los vínculos del matrimonio. Acaso una de ellas fuera Pola Negri, a la que conoció en pleno apogeo de su carrera artística en el palacio Heimvolth, de Berlín, mientras viajaba por Europa. Después Pola se fué a los Estados Unidos, y Charlot la esperó en Nueva York, realizando juntos el viaje a Hollywood. Allí vivió un idilio de varios meses, yendo sin separarse a las fiestas y frecuentando los lugares de diversión. Pero un día el amor sólo fué una palabra y se desvaneció con la misma rapidez que hubo adquirido fama.

Y como el de Pola Negri, otros, todos los que empezaron como el que ahora sostiene el virtuoso del gesto con Paulette Goddard, la nueva estrella que ahora empieza a lucir y a quien Charlot, antes de unirse a ella, asignó cien mil dólares por trabajar a su lado en «Tiempos modernos».

Manuel P. de SOMACARRERA

EL OCASO DEL RUBIO PLATINO

La tragedia no apagó, por eso, el nervio artístico de Jean Harlow. Al contrario... La publicidad cobró en ella sus garras... Su tiza viuda, la severidad del negro tocado, hizo resaltar más que nunca aquel platino cada día más acentuado... Y consagrada como artista, nos dio creaciones muy grandes por ser muy suyas... «Bambuleo un millónario», «Cien por cien pura», «La indómita», «Mares de China»... Rubia como siempre, más actriz que nunca, Jean Harlow impulsó... Y hoy las últimas noticias de Hollywood nos comunican con frío y cruel estoicismo que Jean Harlow se ha echado el pelo.

—Quizá no volveré a ser nunca más una «rubia platino» —ha dicho la estrella en una entrevista—; quiero demostrar al público que soy algo más que «esos», mejor dicho, que sin serlo también puedo triunfar.

En realidad, viendo las fotografías que ilustran estas páginas, la duda tan sólo se hace imposible... En «Riviera», película que filma actualmente, junto a Spencer Tracy para Metro-Goldwyn-Mayer, la bella rubia (perdón, la a decir «rubia platino») aparecerá por primera vez despojada de aquel exótico color que la hizo célebre. Ser en esta película la mujer enamorada, tierna y tímida, amante y sensible, y por encima de todo femenina... El fantasma de la mujer fácil y descocada que con tanta frecuencia representó, estará muy lejos... Tan lejos como el propio platino de sus cabellos. La metamorfosis de una cabellera habrá sido también la metamorfosis de una actriz. Y esta Jean Harlow, imitada hasta hoy, de cabellos rubia, con dulces tonalidades de cooba y bronce antiguo, ¿tan adorable como siempre... Rubia platino o simplemente rubia, morena o si se lo propusiera, Jean Harlow será siempre, para nosotros, encarnación viva de la mujer de hoy.

Ya el ocaso del rubio platino ha empezado a dejarse notar... Ya son menos las cabecitas oxigenadas, a fuer de querer resultar «platinadas», que se ven por las calles. El rubio platino empieza a estar demodé... ¿Quién sabe si morirá por completo, como una de esas fantasías puramente ilusorias que gusta de crear toda mujer...? Mary HOWE

Fotos M.-G.-M.

platino

En el amplio firmamento de la fantasía femenil surgió un día una estrella brillante y cegadora, gracias a la imaginación inagotable de una mujer... Era una mujer joven y bella, sentía el arte, su máxima ambición era el triunfo, y para conseguirlo esgrimió con acierto el arma irresistible de su propia juventud y belleza... Se llamaba Jean Carpentier Harlow.

Pero en el campo árido del cinematógrafo, lugar en donde cifrara sus esperanzas, había falta, además de todo eso, un algo especial, imposible de definir con palabras, pero cuyo significado podía reunirse en una sola: originalidad. Y Jean Carpentier, mujer de talento excepcional, decidió buscar en su persona ese algo intangible que la condujera en franca ruta hacia el éxito... Estudió su figura, su rostro de fresca y juvenil belleza, los matices todos de su personalidad, y en ese estudio detenido y metódico, tuvo su cabellera atención especial. Cuando Jean contempló en el espejo aquellas tonalidades armoniosas de un rubio pálido y delicado, quedó meditando breves instantes...

De esa meditación surgió, potente y dominador, un color nuevo, un ritmo nuevo y una nueva actriz.

Jean C. Harlow, la muchachita provinciana, nacida en apartado rincón de Kansas City, había demostrado siempre ingenio y decisión, sobre todo decisión. A la edad temprana de siete años abandonó su casa para educarse en un gran colegio de la dorada California. Nueve años más tarde, o sea a los diez y seis, volvió junto a sus padres, con aquella energía y decisión innatas más latentes en ella que nunca... Se enamoró de un jovencillo de diez y ocho años, y sin consultarlo con nadie fugó de su hogar y se casó... En nada vaciló su extraordinaria energía.

No obstante, pagó bien cara su irresponsabilidad. Aquel matrimonio infantil fué más bien fracaso sentimental... Se separaron... Pero Jean no perdió un átomo de su entereza. Soja en California, demasiado orgullosa para volver justo a sus padres a confesarse vencida, en la plenitud de su esplendorosa belleza, concibió entonces la idea de dedicarse al cine... Se trazó un plan, y lo que aquel día planeaba convirtióse a poco en maravillosa realidad.

La Jean Harlow del modesto lugar de provincia, desapareció, y por obra y gracia de una nueva modalidad de color, transformóse en sensación suprema...

Infatigables en su tarea informativa, los grandes rotativos neoyorkinos empezaron a hablar... Una personalidad distinta a todas asomó a la pantalla, inundando con el resplandor de su cabellera el lienzo de plata... Un productor célebre quiso definir el encanto tan especial de la mujer aquella, y lanzó a los cuatro vientos esta frase: «Maravillosa cabellera la de esa muchacha... Diríase que irradiaba reflejos de platino».

Platino... La palabra extendióse rápidamente, circuleando a su paso, con afilado estilete, la fama de Jean.

Platino... Suprema ambición de la modesta empleadilla de la gran urbe neoyorkina, de la primorosa modistilla parisina, de la alegre, chispeante y garbosa modistilla madrileña... Las ondas platinadas de la cabellera de una mujer sugestionaron al mundo entero. Más de unos cabellos negros como la endrina, con reflejos de noche andaluza, fueron sacrificados, arrollados por la tremenda vorágine de una moda nueva...

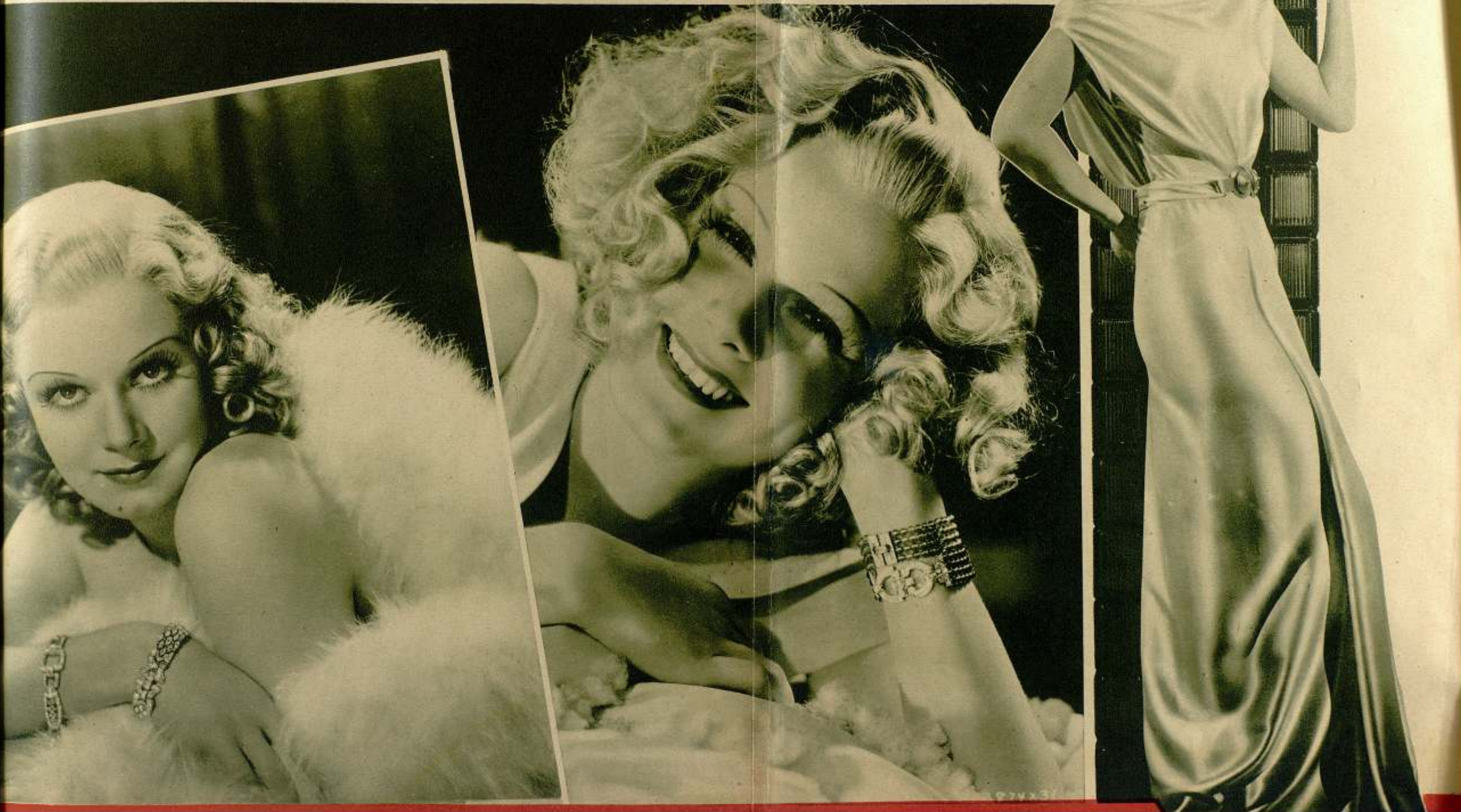
Y allá, en su camerino del estudio, sentada ante un espejo de luna biselada, Jean Harlow sonreía con mezcla de excentricismo y de compasión. Con la sonrisa del que se sabe «creador» de una cosa, y como a tal, capaz de deshacerla con su solo soplo.

La luz que irradiaba su cabellera conquistó al mundo. La fama y la fortuna se rindieron también ante el influjo de esta mujer que causara en la historia del peinado femenino verdadera revolución, y el propio Paul Bern, aristócrata y millonario, vió en ella un ideal soñado, le ofreció su nombre y la hizo su esposa... De tal modo la amó, que desesperado al observar por parte de ella un ligero desvío, fué a buscar el olvido en el silencio eterno...

JEAN HARLOW

oTeca

es M. G. M.





GAR

ROOPER

estrella de
Paramount



Filmoteca
de Catalunya

James Cagney

Foto 20th Century-Fox



CARL BRISSON

FilmoTeo
di Luciano





Fotos Ufa



Anna
O'DRA



Cecilia

Parker

moTeca

1941



Foto Radio

Foto Colum

FilmoTeca
de Catalunya

Florence
Rice



Foto Paramount

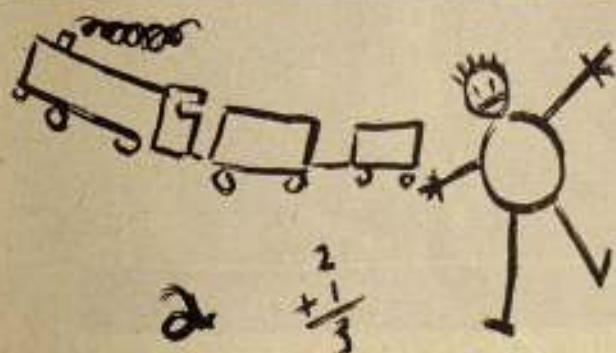
Gleanor
Whitney



Nelson

EDDY

Cora Sue
Collins



PHYLLIS BRUK

Filmoteca
de Catalunya



Foto 20th Century-Fox.



ARLINE
JUDGE



Fotos Paramount S. I. S.

MARION

DAVIES



FilmoTec

LOBRETTA

Foto
Artistas
Asociados



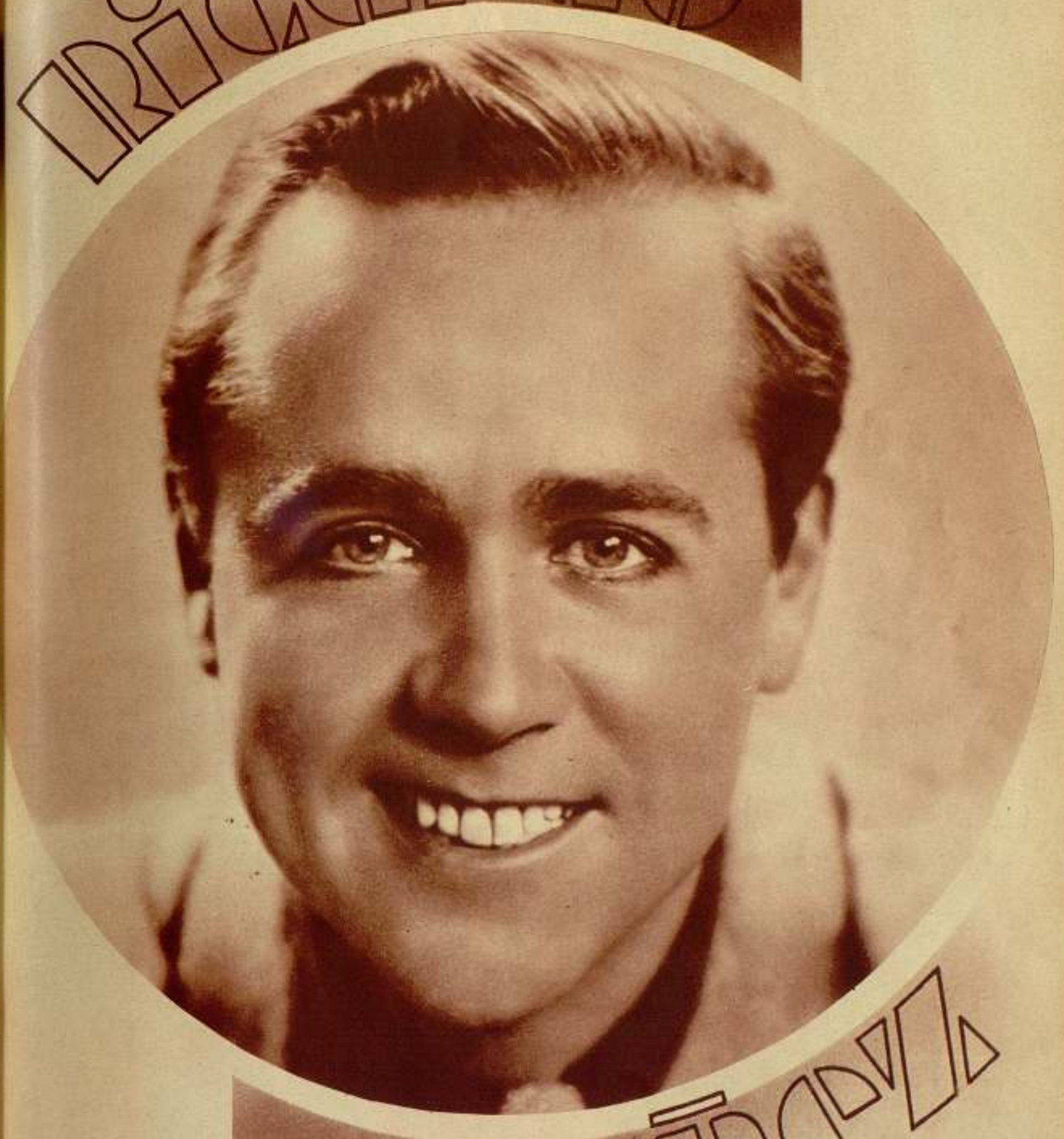
YOUNG

Foto 20th Century Fox



Foto

RICARDO



NUÑEZ

FilmoTec

de Catalunya

BARBARA
Stanwyck



Foto
Warner Bros

Filmoleca
e Catalunya
Foto M. G. M.

franchot tone



FRANCHOT TONE
1954/55



- ① Residencia de Otto Krugger
- ② La casa de Carole Lombard
- ③ Claire Trevor en su magnífica finca
- ④ Peter Lorre y esposa en el jardín de su casa



LAS 10 MUJERES

MAS ELEGANTE



DE Hollywood



CLAUDETTE COLBERT

No sólo la belleza física es suprema atribución de la mujer, sino que recurre al perfecto dominio de la elegancia para realizar, bajo la suave caricia de las telas ricas y suaves, la distinción de un cuerpo esbello y juvenil. La moda, después de unos años de evolución en un sentido de simplicidad y práctica, recobra sus derechos indiscutibles, creando modelos de una elegancia y riqueza de líneas adaptadas a las modernas aspiraciones de la mujer.

Recurriendo a las inagotables fuentes de inspiración —lo tradicional, lo clásico y lo pintoresco— los modistas, estos magos modernos, varados por tiranos, cuyos mandatos son obedecidos y acatados por millones de seres, cuya realización y acatada maravilla, por cada realización y acatada maravilla, cada día mayor y más aspirarán las mujeres del mundo entero.

Desde la importancia cada vez mayor y más trascendental del cine, era imposible que la moda, cuyo centro tan celosamente guardaban los franceses, y después de varios intentos afortunados se inició una lenta independencia, cuyas vastas proporciones no conocían límites. Las casas productoras, conscientes de la enorme responsabilidad que recababan, no vacilaron en reunir a los mejores dibujantes y modistas del mundo y por el sencillo procedimiento de eliminación consiguieron que sus creadores de la moda fuesen únicos e indiscutibles.

—La elegancia— dice Adrián, de Metro-Goldwyn-Mayer—



La emperatriz de la elegancia

es como la materialización de una delicada sinfonía, cuyos componentes

son el color, la línea, el género y la personalidad.

La más imperceptible: estridencia provoca un desorden que anula la perfección de las restantes notas, formando un conjunto de armónica belleza y distinción.

Con tantos y tan valiosos elementos, no es de extrañar que entre las estrellas más conocidas

y admiradas surjan enconadas rivalidades para ostentar durante un año el codiciado título de la mujer más elegante de la pantalla. Anualmente un jurado, compuesto de los más afamados estilistas de Hollywood, eligen por votación a la mujer mejor vestida y más elegante entre las estrellas del cine.

Este año eran miembros del jurado: Adrián, de la Metro-Goldwyn-Mayer; Travis Banton, de la Paramount; Gwen Wakeling, de 20th Century-Fox; Garry Kelly, de Warner Brothers; Bernard Newman, de R. K. O.-Radio, y Howard Greer e Irene, independientes, quienes con absoluta unanimidad eligieron a la exquisita Claudette Colbert, como emperatriz de las elegancias. Por orden de votación entre las diez artistas mejor vestidas, salieron: Claudette Colbert (1), siete votos; Norma Shearer (2), seis; Kay Francis (3), seis; Carole Lombard (4), cinco; Jean Crawford (5), cinco; Constance Bennett (6), cinco; Dolores del Río (7), cuatro; Marlene Dietrich (8), cuatro; Gladys Swarthout (9), tres, y Hedda Hopper (10), tres.

El resultado no sorprendió a la inmensa mayoría del público, pues Claudette Colbert es la encarnación de la suprema elegancia, que, unida a su natural simpatía y atractivo, la erigen como una de las estrellas más admiradas de Hollywood.

Ha descendido dos puntos, quedando en cuarto lugar, Carole Lombard, la deliciosa rubia que durante el año pasado ostentó su título con la distinción que pone en cada uno de sus actos. También otra rubia encantadora, Constance Bennett, ha visto cómo se alejaba de los primeros puestos, cediendo el paso a otras compañeras, que, más afortunadas, siguen todavía a la cabeza de este verdadero torneo de la elegancia. Marlene Dietrich fue la nota sensacional y sorprendente, pues desde los comienzos quedó relegada al olvido, a causa de su persistente costumbre de vestir trajes de corte masculino, que ella consideraba como más apropiados a su personalidad. Durante un año Claudette Colbert, en el apogeo de su arte, ostentará orgullosa el preciado galardón femenino, y no será sorprendente que la exquisita y gentil protagonista de la película «La novia que vuelve», continuase siendo, en opinión de los mejores modistas, la fiel representación de la genuina elegancia femenina.

Matilde ARMENGOL





Al fin, el doctor autorizó a Tinita para que abandonara el lecho. La infeliz enferma llevaba casi un mes luchando a brazo partido con unas fiebres, fruto de un atracón de golosinas baratas.

—Vísteme— ordenó a la doncella, apenas se ausentó el médico.

La fámula se dispuso a cumplir la orden recibida. Y no bien levantó la ropa del lecho, dejó escapar algo así como un grito de terror, pero que no llegaba a ser un grito auténtico.

—¡Señorita!... Pero...

—¿Qué te ocurre?

—¡Que no la encuentro!

—¿A quién no encuentras?

—¡A la señorita!

Treinta días de fiebres de repostería, habían casi momificado a la pobre Tinita, a tal extremo, que la doncella hubo de encender todas las luces de la alcoba para encontrar entera a la convaleciente.

Una vez vestida, Tinita, por no perder la costumbre —heredada de todos sus ascendientes femeninos—, se enfrentó con el espejo.

—¿Tú crees que no me habré dejado alguna parte alicuota de mi cuerpo, en la cama?— preguntó a la doncella.

La sirvienta, para cerciorarse mejor, hizo un detenido registro entre las sábanas. No encontró nada sobrenatural. Tinita, convencida de que su engranaje anatómico no había sufrido merma, ni extravío, emitió un suspiro propio de quien ve la muerte en primer plano, y se dejó caer —con cuidado para no dañarse— en una cama turca fabricada en Valencia. Y fué entonces cuando la doncella se sintió crítico de cine y exclamó admirada, profética...

—¡Ay!, señorita: tiene usted un aire de Greta Garbo, que acatarra...

¡Nunca lo hubiera dicho! Tinita consultó de nuevo con el espejo y quedó convencida de que la indigestión reposteril había transformado en «estrella» de la pantalla.

Y volvió a caer enferma. Esta vez con fiebres de celuloide.

—¡Quiero ser «estrella»!— repetía las veinticuatro horas del día, con un hilillo de voz, con el que ya comenzaba a zurcir sus éxitos cinematográficos.

M Tinita se dispuso a conquistar el estrellato de sus ilusiones. Se tiñó el pelo en un rubio que por la noche tenía apariencias de huevos hilados, y por el día parecía crema boricada. No permitió que las grasas tomaran tertulia en su vientrecito, ni en el estómago, y aprendió a mirar con los ojos cerrados, que es el último grito lanzado a la pantalla por las vampiresas de turno. Claro que esto de mirar con los ojos cerrados le proporcionó no pocos golpes, más lo que Tinita decía:

—¿Qué me importan estos golpes? ¡Para

golpe el que voy a dar cuando debut!

Nada hay tan atrevido como una mujer envenenada de cine. Tinita visitó a todos los productores y a todos les colocó idéntico resumen:

—Peso veinticinco quilos, sin trampa; hablo dieciocho idiomas; cultivo todos los deportes sin ser perito agrónomo; estoy muy bien de línea y llevo la ropa con más garbo que Greta Garbo.

Uno de los sistemas empleados para quitarse de encima a esa legión de aspirantes que suelen hacer «cola» en los estudios, es pedirles la fotografía.

—Déjenos su fotografía y ya le llamaremos en la primera ocasión.

Tinita se hizo un carro de fotografías en diversas poses. La que más prodigó fué una en la que aparecía en un «eroscamiento» de vampiresa que recordaba a las anguilas de mazapán.

—¿Ha estado usted en Hollywood?— le preguntaron.

—No, señor; pero tengo una tía que se llama Santa Mónica, que es la playa hollywoodense donde se bañan todas las «estrellas».

—¿Ha trabajado en el cine?

—Nunca. Ahora bien, desde hace seis años no pierdo ninguna sesión infantil, que me sirven de mucho.

TINITA consiguió debutar.

El día que recibió el aviso para que se presentara en el estudio para tomar parte en la película X, el corazón de Tinita saltó de manera tan alarmante, que la muchachita hubo de frenarlo con todos los sostenes que tenía en el ropero y que se acondicionó, sabe Dios cómo, sobre la viscera cardíaca. Luego mandó imprimir un centenar de invitaciones que distribuyó entre sus amistades.

TINITA SALITRE DE CANA, invita a usted a su debut como «estrella» cinematográfica, que tendrá efecto el día... de... en los estudios H.

Se aplica el traje de etiqueta y algún obsequio que otro. No se admiten palomas vivas.



Tinita se presentó en el estudio a las siete de la mañana, hora marcada por el director, y no fué llamada al «set» hasta las doce, para empezar a filmar a las cinco de la tarde.

Durante esta espera, Tinita se vió obligada a ingerir cuarenta y cinco tabletas de «aspirina-cine», que no es aspirina, pero que alivia el dolor de cabeza y disimula las «patitas de gallo».

Ya en el «set» se extrañó de que el director no fuera a saludarla como merece toda «estrella». También le sorprendió no ver a ninguna de sus amistades. En esto, oyó una voz que decía:

—¡Atención! Vamos a «rodar».

Aquello de que iban a rodar alarmó a Tinita, que no estaba preparada para dichas acrobacias. Miró al suelo buscando el sitio menos sucio, y la voz de antes volvió a tronar:

—A ver esa señorita del pelo azafrañado, que levante la cabeza.

Tinita se sintió aludida, pues aquel día el tinte del pelo había tomado un color de pimantón que trascendía a cocina. Y ya iba a protestar de ese trato tan impropio para una «estrella», cuando el aludido director tomó a gritar:

—¡Silencio! Las señoritas del conjunto que miren hacia este sitio y que rompan a reír, pero sin abrir la boca, porque obervo que algunas están melladas.

Entonces fué cuando Tinita se percató de que estaba trabajando en calidad de «conjuntista». Pero no había otro remedio que obedecer: trató de reír, pero el disgusto recibido

era de tal cuantía, que las cuarenta y cinco tabletas de «aspirina-cine» que tenía en el estómago se montaron una sobre otra y la desgraciada Tinita rompió a llorar y a sudar como una Magdalena.

por fin, viendo las estrellas y viéndose estrellada, como era su deseo.

M. T.

El próximo se titulará

Tinita debuta como «estrella»



El escándalo fué epopéyico.

—¿Por qué llora usted?

—Porque me da la gana.

—¡A ver, ayudante número seis! Pague a esta señorita y que nos deje en paz.

Y el ayudante número seis puso quince pesetas en las trénulas manos de Tinita.

—¿Qué quiere decir esta irritada cantidad?— declaró Tinita.

—Su sueldo.

—¿Y cuándo se han visto «estrellas» a quince pesetas?

—Señorita, en el Rastro las hay más baratas.

—Son ustedes unos insolentes.

—Y usted una idiota.

—Yo he venido aquí contratada como «estrella».

La carcajada fué general. Tinita se sintió tan achicada como cuando se levantó después de treinta días de fiebre. Quiso pedir la palabra para «alusiones» y sólo acertó a pedir un vaso de agua, pues se sentía desfallecer.

Y, en efecto, tuvo la feliz ocurrencia de desmayarse sobre uno de los electricistas.

—¡Yo quiero ser «estrella»!

—gemía la cuitada en su estado de inconsciencia.

¡Yo quiero ser «estrella»! ¡Yo quiero que me «estrellen»!

Y el electricista, que ya estaba hecho a estas escenas semipatológicas, abrió los brazos y la dejó caer sobre el entarimado del estudio, como el que se desprende de una carga molesta.

Y la desdichada Tinita acabó,





UN BESO ES

—¿Qué es un beso?— me preguntas con un gesto candoroso.
Y yo para contestarte me siento cerca de ti
y comienzo:

—Un beso es un mundo maravilloso,
una gloria, un frenesí
que derrama en nuestra sangre y en nuestras venas
un deseo de infinito... Las vírgenes están llenas
de besos que fenecieron al nacer...
En la vida no ha de haber
ni una mujer sin un beso, ni un beso sin padecer.
Un beso es...

—¿Qué es un beso?

—No cabe, niña, en palabras
Algo de lo que te dije puede ser.

—Tienes razón.
—Pero es muy poco.

—Ese mundo de conceptos que me labras
es oscuro... No comprendo.

—Un beso es...

Estoy loco...

Te tengo cerca de mí... En tu aliento me sofoco...
Siento tu cuerpo temblar junto al mío, y para darte
la sola contestación que tu pregunta reclama
te atraigo sobre mi pecho, y pongo sobre la llama
de tu boca, la encendida llamarada de mis labios...
Te revuelves ruborosa... Rubor de negros agravios...
Y me perdonas... El sol en nuestra sangre se enciende...
Pesa el silencio en los dos... Tú me libras de aquel peso
con una sonrisa blanca, luminosa, que te vende...
Yo, con emoción, prosigo:

—Un beso es...

—¡Calla, calla!

Suspiras, y luego exclamas:

—¡Por fin sé lo que es un beso!
Y sin poder contener el amor que me avasalla
te beso y beso...

—Ya ves

qué pronto lo comprendiste, mi adorada... Un beso es...

UN HALLAZGO DEL CINE ESPAÑOL

ANTONIO VICO

El público es la piedra de toque ideal para descubrir a los actores. La crítica es, por decirlo en términos físicos, el tamiz por donde pasan los descubrimientos del público, los depura, los selecciona y los vuelve a ofrecer al «respetable». Este, la mayor parte de veces, está de acuerdo con la crítica; otras, no, porque es como un niño, inconsciente y voluble. En muchas ocasiones no sabe lo que quiere; en otras, lo sabe demasiado bien.

El público, en general, ha acogido bien las producciones españolas. Tiene el sentido común suficiente para apreciar los enormes esfuerzos que el naciente arte nacional hace. La crítica, dado su fin, señala los defectos y las virtudes (¿por qué no?) del mismo. Uno apoya, la otra corrige. Pero, a pesar de los esfuerzos de una y otra parte y de los productores, de todos los que intervienen en los films, siempre falta algo, el grano de sal para sazonarlo, algo sin lo cual nadie podía quedar plenamente satisfecho. Y ese algo era un actor perfecto y cinematográfico. La mayor parte de actores españoles actúan en la pantalla demasiado teatralmente, y los que no tienen este defecto, lo hacen como con miedo de dejar ver plenamente su personalidad y sus dotes artísticos. Ambas cosas en el cine son un grave defecto. Para bien del cine nacional se necesitaba un actor cuyas prendas artísticas, aparte del éxito del film, fueran una garantía. Hoy creemos que este actor ha sido hallado. Es Antonio Vico.

En un gran actor no se acostumbra apreciar sus dotes físicas, estas son lo de menos, la cuestión es que satisfaga los deseos, que siempre tiene el público, de dejarse conmover. Esta ingenuidad, por llamarlo así, de la gente, puede ser muy bien aprovechada por un autor o director de cualquier manifestación de arte. El actor, en el caso del cine, es el medio de que se vale el autor del argumento para transmitir su pensamiento a los espectadores y lograr producir la emoción.

Desde la aparición del cine sonoro, la condición, ya se sabe, de los actores ha cambiado de un modo asombroso. Antes, todo se reducía a la expresión del movimiento y al gesto de las facciones. Ahora, la palabra y su entonación, denotando los estados de ánimo de los intérpretes, abre insospechados horizontes a la emoción.

Antonio Vico reúne todas las condiciones de que hemos hablado. Es el mejor astro de la pantalla española; lo podemos decir sin temor de contradecirnos y bien merece que se haga un estudio sobre él y sobre su modo de actuar en la pantalla.

Su historia, lo que ha sido y lo que será, no nos interesa, sólo nos preocupamos del presente. El pasado para la historia, el porvenir para el destino. Si sus actuaciones anteriores fueron tales o cuáles, si nació de tal o cual padre y madre, si mide tanto de estatura, si es rubio o moreno, si es soltero o casado, si gusta del vino y los deportes, queda reservado a las gacetas. Su futura, si es como augura el presente, no necesita adivinas.

Bajo, más bien desmedrado, aunque no enteco, está dotado de una natural sonrisa agradable, atrayente, seductora, que hace olvidar sus cualidades físicas, desfavorables o favorables, únicas—con que cuentan otros muchos actores. No son necesarias en un gran actor expresivo y sensitivo como Vico, unas grandes perfecciones corporales; pues todo se reduce, todo desaparece de la vista, sólo queda lo espiritual, la emoción, el sentimiento, cuando se sabe hacer vibrar la cuerda de la sensibilidad humana.

Otra de las cualidades de un buen actor es el gesto, más que el gesto, el dominio del gesto. El gesto en el teatro es muy diferente del gesto en el cine; la prueba es que cualquier persona, aunque no esté enterada del modo de actuar ante la cámara, os podrá decir si un gesto resulta teatral o no. El gesto de Vico, lo mejor en él, no es de grandes ademanes, es sobrio (la sobriedad no reside en quedarse parado delante del objetivo), sobrio con distinción y gracia, representa la compenetración de Vico con los papeles que encarna. Es maravilloso por lo fácil, por lo que llega a dominarlo. Por ahora es el caso único, en este sentido, de la cinematografía española.

En las cintas extranjeras, para los que no entendemos sus idiomas, lo que se dice en el diálogo, salvo raras excepciones, carece de sentido para nosotros, no podemos apresar su emoción y la justeza de expresión, al hablar el actor, por estar sujetos a la acción mecánica de la lectura de los rótulos. Esta es una de las ventajas del cine español. Una palabra, una frase de emoción, el titubeo de un tímido enamorado, una lengua que se traba por la torpeza, es representada por Vico con sensibilidad y valentía, con llaneza, sin esfuerzo de ninguna clase. Entender lo que se dice en un film vale mucho, por sí solo, y más cuando está bien dicho, como ocurre en este caso.



Tenemos, pues, en la cinematografía española un elemento que hace mucho tiempo nos hacía falta. En Antonio Vico tenemos al actor de nuestras aspiraciones, al actor estéticamente elegante y sencillo. Está en buenas manos, está contratado por la productora Cifesa, que pronto nos lo presentará como protagonista de su película «La hija del penal»; y a la que efusivamente felicitamos, por tan buen elemento, así como nos felicitamos a nosotros mismos, con equisimo natural, por tener, al fin, al que notábamos a faltar en nuestras cintas.

Hemos dicho antes que no nos ocuparemos del futuro, pero no podemos resistir la tentación y auguramos a Antonio Vico, así lo deseamos, un porvenir de brillantes éxitos.

JUANAN

Gloria

Swanson

La que perdió su marquesado

MUCHAS veces se alzaron los cisnes blancos y negros sobre esta mujer que, pese a sus años, tiene un gran historial amoroso. Su vida de celuloide no es una vida vulgar, como tampoco lo es en la realidad.

¡Cuánta dulzura, cuánto sentimiento y cuántos desengaños se albergan en el corazón de la actriz que el mundo ha calificado de caprichosa y voluble por sus divorcios! A ella siempre la persiguió el escándalo, él le dio fama y ahora parece que el mismo escándalo trata de hundiéndola.

En octubre del año 1934 se separó de su cuarto esposo, el sportman irlandés Michael Farmer, que apareció con ella en su película *De mutuo acuerdo*, y de entonces acá le han atribuido otros amores que hasta la fecha sólo existen en la fantasía de las gentes. Pero nosotros al hablar ahora de Gloria Swanson, no queremos referirnos a sus amores o amoríos, a los hombres que amó o dejó de amar por diferentes motivos. Sólo queremos hacer historia de sus excentricidades, de sus caprichos y locuras intrascendentes, que al fin y al cabo, constituyen una de las partes más interesantes de su vida.

Cuando Gloria Swanson era marquesa de la Palaise, lo primero que hizo fué entrevistarse con su abogado, para preguntarle si había alguna manera de retener su marquesado. Se refería al día que el nubarrón de un divorcio amenazara su hogar.

Al decir de sus enemigas, no le interesaba retener a su marido, Enry de la Palaise; lo que le importaba era que todos continuaran llamándola señora marquesa. Pero sobrevino el divorcio por causa de ese «demonio vestido de ángel», que se llama Constance Bennett, y entonces pudo demostrar que lo que realmente le interesaba era el hombre por el cual sentía un gran amor, no el título nobiliario que posee.

La carrera de esta excelente actriz comenzó siendo una de las más modestas y hoy es una de las más brillantes que se conocen; pero, a juzgar por lo que se sabe, tendrá un triste epílogo.

En noviembre de 1932, se vió precisada a presenciar el embargo de sus muebles, cuyo valor total ascendía a cuarenta y cinco mil dólares, de los cuales sólo había satisfecho la mitad. Poco después, tuvo que vender el manuscrito de *Rockabye*, su obra favorita, sobre la cual había cifrado sus esperanzas. Era el film cuyo papel principal estudió con empeño, porque se avenía con su temperamento a las mil maravillas. Sin embargo, no fué esto lo peor. Para colmo de su desgracia, tuvo que soportar la humillación de que ese papel fuera interpretado por otra mujer, que hoy es esposa de su ex marido.

Pero necesitaba dinero, que



Gloria Swanson y Sir Nigel Playfair en «De mutuo acuerdo».



Gloria Swanson y Melvyn Douglas en «Amame esta noche», de los Artistas Asociados.

La seducción un tanto enfermiza, pero potente, de Gloria Swanson, se muestra claramente en este su reciente retrato. (Foto Fox)

luego pasó y sigue pasando por sus manos como si fuera arena.

Cuando el almirante Byrd realizó su viaje de conferencias por diversos Estados de la Unión, estuvo en Hollywood. Acompañado de algunos directivos de Artistas Asociados, visitó el «set» donde a la sazón se rodaba *Indiscreta*, film de Gloria Swanson.

La atención del famoso explorador del Ártico se concentró en algo que le pareció extraño: en la cantidad de luz empleada para iluminar el escenario y la graduación de calorías engendradas por la misma.

—¿Qué miráis tan extrañado?— exclamó Gloria Swanson, a quien poco antes le había sido presentado.

—Miraba que aquí, el rodaje de un film, no representa un problema de tanta envergadura como en el Polo Sur.

—Eso es cuestión de hábito, amigo mío. Si yo visitara la región de los hielos perpetuos, quizás dijera lo mismo, al revés.

Hace siete años, en el hogar de Gloria Swanson se presentó un individuo llamado Johani Pfeffer, de nacionalidad yugoslava, que dijo ser tío suyo.

—No lo puedes negar— exclamó con familiar alegría—. Tú eres Francisca Pfeffer, de Semlin (Servia), a quien no veía desde niña.

Como es de presumir, aquel incidente fué comentado en los periódicos y tuvo un desenlace gracioso, al cual va unida esta frase de Gloria: «Lo que dice ese hombre es ridículo y absurdo. Todo el mundo sabe que he nacido en Chicago y en Chicago asistí a la escuela».

Gloria Swanson escoge siempre los argumentos que ha de inter-



Gloria Swanson hace diez años.



pretar, sus directores y oponentes masculinos. Entre los directores que han dirigido películas suyas figuran Cecil B. de Mille, Albert Parker, Raoul Walsh, Allan Dwan, Arthur Rosson, Sam Wood, Lee Mac Carey y otros. En una película interpretó una escena en la cual parodiaba el modo de vestir y los gestos de otras estrellas. La inauguración del teatro Roxy, de Nueva York, se celebró con el estreno de otra suya que le costó al célebre empresario cincuenta mil dólares. En otra cinta interpretó dos papeles: el de abuela y nieta. El año 1926 se convirtió en miembro propietario de la United Artist Corporation, y en 1934 ingresó en el elenco de la Metro-Goldwyn-Mayer, donde parece que ya no continúa, a juzgar por los datos que poseemos.


¿Cuál será la última extravagancia de la tan traída y llevada Gloria Swanson? ¿Volverá a casarse de nuevo? A lo mejor el escándalo vuelve a ser con ella para que se asome de nuevo a los periódicos y luego la hunda con más fuerza para siempre... ¡Chí lo sal!

CARLOS VILLARREAL



Foto Stephot

Reri

 El malogrado director Murnau, creador del gran film sonoro «Tabú», inolvidable obra maestra de los films exóticos y verdadero poema cinematográfico, se debe el descubrimiento de esta genial estrella cinematográfica.

Reri es natural de Bora-Bora (Polinesia), tiene veintiún años. Después de su film «Tabú», fué contratada para actuar en los Folies de Nueva York, Berlín y París, desde cuyos escenarios se convirtió en ídolo de los públicos por su arte exótico y su extraordinaria belleza.

Próximamente la admiraremos en el film Palaco «Perla Negra», su segunda actuación cinematográfica.



A través de la mesa

FILM PARAMOUNT

Protagonistas: Carole Lombard, Fred Mac Murray, Astrid Allwyn, Ralph Bellamy.

ARGUMENTO

El vestíbulo del hotel Savoy-Carlton hallábase rebotante de distinguida concurrencia, entre la que figuraban muchos millonarios supuestos y algún que otro auténtico, pero tan escasos estos últimos, que los dedos de una mano hubieran bastado para contarlos a todos y aun hubiera sobrado alguno. En un salón contiguo al hall, dos lindas manicuras, Nona y Regi, iban haciendo las manos de los clientes con la esperanza de que un día pudieran arreglar las de un magnate del dinero y llegarle por las uñas al corazón.

La señorita Laura, encargada del salón de belleza del hotel —persona simpática, que tenía una manifiesta inclinación por Regi—, llamó a ésta.

—El señor del cuarto 1502 quiere una manicura.

—Es millonario, ¿verdad?

—Eso dicen.

—¿Casado?

—No lo sé. No se lo he preguntado.

—Si fuera casado —observó Regi con malicia— vendría al salón.

Nona, que gustaba de hacer cábalas con los números, intervino:

—El 1502 es un buen número... Cinco y uno seis, y seis y dos, ocho. El ocho es un número simpático. ¡Quizá sea millonario!

—¡Con un millón me conformo! —exclamó Regi, recogiendo todos sus bártulos y yéndose hacia el ascensor.

Llegado que hubo al piso 25, salió a recibirla un criado irreprochablemente vestido, que la introdujo en una vastísima estancia magníficamente amueblada. Al fondo de la misma y junto a un amplio ventanal hallábase sentado un joven de buena presencia y rostro simpático. Se llamaba Allen.

—Aquí está la manicura —le dijo Peter, su criado.

—Dígale que se marche —repuso el joven con aire cansado.





—¿Pero no había pedido usted una manicura? —añadió Regi, adelantándose.

Allen la miró con detenimiento, sonrió al ver la simpática figura de la muchacha y añadió:

—Es verdad. Ya no me acordaba que no me habían arreglado las uñas desde ayer.

—¿Se las arreglan diariamente? —preguntó Regi.

—Así es. A unos les da por jugar al golf, a otros por bailar, y a mí... por manicurarme.

—¿Es un protector del gremio?

—No. Es el gremio el que me protege a mí. Me quita cada día cuarenta minutos de aburrimiento.

Mientras Peter se encargaba de calentar el agua, Allen y Regi se hicieron amigos. El le contó el motivo que lo tenía imposibilitado de las piernas y le obligaba a permanecer en su cómoda silla de invalido; un accidente de aviación. Ella, a su vez, le confesó que aspiraba a casarse con un hombre de posición para no tener que vivir miserablemente y le aseguró que con gusto cambiaría su vida por la de él, aunque tuviera que permanecer sentada el resto de su vida.

Regi y Allen simpatizaron de tal manera, que él le suplicó que fuera al día siguiente a arreglarle las manos de nuevo y pagó su servicio de ese día con un billete de diez dólares, no permitiendo que la muchacha le devolviera cambio alguno.

Desde aquel día Regi subió diariamente a las habitaciones de Allen y le arregló las uñas. Con frecuencia tomaban el té en la terraza y él le enseñaba a pulir sus modales. La alegría de la muchacha encantó al millonario, que desde que trabara amistad con ella habíase vuelto más alegre y optimista e incluso había hecho que su criado le comprase unos cuantos balines nuevos para estar elegante y sorprender a Regi cuando ella se presentase para arreglarle las uñas.

—La mitad de los días no le toco las manos, estoy aquí descansando y charlando y luego usted me paga generosamente —se quejó un día Regi a Allen— y esto me molesta, pues usted sabe que es mi mejor amigo.

Allen la tranquilizó, asegurándole que desde su accidente no había sido nunca tan feliz como desde el día que se habían conocido; le suplicó que por un escrúpulo tonto no le quitara su presente, dicha y continuase yendo a pasar cuarenta minutos, con la excusa de la manicura, para que él pudiera charlar con ella. Sus palabras convencieron a Regi.

Aquel día, al ir a tomar el ascensor para descender, Regi se topó en el «hall» con un buen mozo al que encontró saltando de losa en losa como si jugase. El joven, al verla, la invitó a jugar con él, cosa que Regi declinó mientras se alejaba.

Cuando Regi regresó al salón de belleza, Laura le notificó que había telefonado un millonario, Teodoro Drew, el tercero, pidiendo una manicura. Sabedora de que los Drew eran millonarios, apresuró a Regi para que se arreglara un poco y estuviera presentable cuando el ricacho llegara.

Este resultó ser nada menos que el frescales que la invitara a jugar, y Regi, que se hallaba muy nerviosa, le llenó las manos de cortes mientras intentó hacerle la manicura.

—¿Es usted verdaderamente Teodoro Drew, el tercero? —le preguntó Regi, mientras lo torturaba sin querer.

—Así dicen —contestó el frescales, sonriendo con malicia.

—No lo parece —le aseguró Regi, muy seria, pues en su opinión los millonarios no podían ser tan infantiles como aquel muchacho.

—Eso mismo dicen mis padres —repuso a su vez Ted—. Sali a un abuelo que era pirata.

Y los cuarenta minutos transcurrieron sin que los dos se dieran cuenta del tiempo, y cuando Ted se retiró, sin que Laura se atreviera a cobrarle el servicio —al



ver el estado de las manos del joven—, éste y Regi habían quedado citados para cenar juntos aquella noche. Prometió ir a buscarla, a las siete.

Regi estaba loca de contento y con la firme determinación de «pesar» al millonario empleó todos sus ahorros en adquirir un equipo nuevo. A las siete en punto estaba ya preparada y dispuesta a conquistar a Ted.

A éste se le había olvidado el número de la casa, y llegó con una hora de retraso, cuando Regi y Nona estaban ya desesperadas.

Regi, a causa de la furia, sufrió un ataque de hipo, cosa, en opinión de Nona, muy poco distinguida. Y en tal estado de rabia y angustia, Regi bajó al encuentro de Ted.

—¿A dónde me llevará?— se apresuró a preguntarle para no dejarse dominar por la rabia y hacerle una escera.

—A muchos sitios —le aseguró Ted, con la mejor de sus sonrisas—.

A dar la vuelta a los sitios más divertidos de la ciudad y no la dejaré en su casa hasta media-noche.

a su piso, donde intentó hacerlo volver en sí. Pero todo fue inútil.

Al día siguiente, cuando Regi se marchó a la peluquería, Ted aún estaba mareado. Preocupada y molesta, abandonó el piso dejando al joven cómodamente instalado en un sofá.

Una vez en el salón de belleza, contó su aventura a Nona y Laura, quienes le aconsejaron hiciera lo posible por casarse con Ted, pues aunque no hubiera nada entre los dos, de enterarse la prensa que él había pasado una noche en las habitaciones de ella, la noticia iba a ser publicada en todos los periódicos de la ciudad.

Aquella mañana el millonario Allen se encontró frente a una Regi muy preocupada y triste, que entre lagrimitas y suspiros le refirió lo sucedido. El aviador, que amaba a la joven y deseaba casarse con ella, la consoló y le aseguró que debía tener confianza en el porvenir, pues todo se arreglaría.

Más tranquila y esperanzada, Regi regresó a su casa y calculó su sorpresa al encontrar a Ted en calzoncillos, planchándose los pantalones. Le dijo que mandara a buscar otro traje a su casa y él le confesó que todo su



Un taxi los llevó a uno de los restaurantes más lujosos de la ciudad y cuando Regi creyó que Ted iba a pedir caviar y vodka, se halló con que éste pidió una modesta sopa de cebolla. La sopa aumentó el hipo de la muchacha, y Ted, muy serio, le aseguró que nadie en el mundo poseía una habilidad parecida a la suya para curar dicho mal. Para lograrlo la obligó a ponerse en pie y beber un vaso de agua sin respirar. Pero no sólo no le quitó el hipo a Regi, sino que le hizo salir los colores al ver que todo el mundo se fijaba en ellos. Sin embargo, la charla de Ted, la música y las cosas, acabaron por hacerle olvidar sus deseos de grandeza y de conquista para concluir medio mareada.

Después de una noche sumamente divertida y no poco accidentada, Ted dejó a Regi en su casa, pero estaba tan borracho que al despedirse, una vez le hubo confesado que se iba a casar con una millonaria dentro de breves días, y que aquella noche debía tomar el barco para pasar unos días fuera de la ciudad, perdió el conocimiento y Regi, no sabiendo qué hacer con él, suplicó al taxista lo subiera

equipaje estaba camino de Bermuda.

—Pues tome un taxi y márchese a su casa.

—No tengo ni cinco céntimos en el bolsillo, de lo contrario ya lo hubiera hecho.

—Telefonee al banco para que le remitan fondos— le dijo Regi, muy seria.

Y su sorpresa fue grande cuando Ted le contestó:

—No tengo ni un dólar a mi nombre. Estoy arruinado y si me caso con Viviane Amas Snowden es porque es multimillonaria e hija única del rey de la pija.

—¿Pero usted no es millonario?— preguntó Regi con inquietud.

—Lo fui hasta hace poco, pero nos arruinamos con la crisis y ahora no tengo dónde caer muerto, como no sea casándome con una mujer de posición.

—¿Y dónde vivía hasta ahora?— inquirió Regi con tristeza.

—En casa de mi novia. El billete a Bermuda me lo regaló ella para que estuviera fuera de la casa durante los pocos días que faltan para nuestra boda, con el fin de tener ella más libertad para preparar las cosas.

(Termina en la página 74)

LA DISPUTA DEL MUDO Y DEL PARLANCHÍN

Con frecuencia nos acosa la idea de si quienes aseguraban que el cinema perdería el cincuenta por ciento de sus atractivos al aparecer el sonido, tendrían razón. Desde luego, no es que se nos ocurra ahora pensar que la época del cinema mudo era sencillamente superior a la de hoy. Al contrario. Cuando, al cabo de un siglo, el cinema cuente con una historia decentita —y entonces, es casi seguro, no se parecerá ni poco ni mucho al actual— el cinema de hace diez años contará como un sencillo balbuceo. Pero es que había entonces un valor particularísimo, un elemento que lo diferenciaba de las artes restantes: precisamente el de su valor. Cuando oímos decir a varones sesudos y, por tanto, demasiado mayorcitos ya para decir disparates, que el cinema no podrá dejar de ser nunca un sencillo arte de superficies, recordamos que estos mismos varones llaman «mimos» aún a Charlot —que puede que lo sea—, pero también a Charles Laughton.

Efectivamente, el cinema ha dejado de ser un arte para los sordos. El sonido le ha quitado aquel carácter de internacionalidad que habían visto en él todos los intelectuales de la tierra. Para ellos venía a ser como si, sobre los hombres todos del planeta, hubiese venido a posarse la palomilla del Espíritu Santo, infundiéndoles el don de lenguas. O sea un arte para los perezosos del entendimiento. Con el sonido, con la voz, claro, se sembraba de nuevo la confusión, se convertía en torre de Babel, como si Dios no se encontrase muy propenso a permitir que las gentes se entendiesen aunque no fuese más que en una cosa: en «cine». El lenguaje de las sombras y de las luces inspiró en aquella época más de una estética y más de un credo artístico. Era un momento en que florecía todo lo descabellado, todo lo absurdo, toda la pampinería de la tierra.

Hablamos, naturalmente, de ese preciso instante en que el intelectual despierta de su modorra, se asoma entre los almenares de su torre de marfil, y se percata de que, a ras del suelo, empieza a florecer una nueva planta: el cinema. Esto ocurría muy poco después de acabada la guerra, con lo que en realidad, más que de un sueño, el intelectual despertaba de una obscura pesadilla. Quizás fué eso lo que más influyó en la gestación de esas peregrinas teorías que ponían a la pureza como única meta. Poesía pura, pintura pura, música pura... Por lo visto es cosa ésta que no puede encontrarse ni aun en los objetos, porque, o muy delgaducho era el interés que se tenía en hallarlo, o no existía. El cinema, descubierto como arte de características universales, vino en apoyo de los investigadores; de estos flamantes exploradores del intelecto, que no estaban dispuestos a que sus cosas las manchase el fango de la vulgaridad. De ahí a querer apurar un poquito más los conceptos, y darse a la busca de una nueva entelequia, no había más que un paso. Si, desde el punto de vista psicológico, el cinema venía a rebasar las ideas de internacionalidad entonces en boga, apretando los fuelles nos podíamos encontrar fácilmente con aquella otra cosa tan cacareada del arte puro. El movimiento por el movimiento; el ritmo por el ritmo; la imagen por la imagen.

En el fondo es una verdadera lástima que el sonido viniese a interrumpir la marcha ascendente de aquellos experimentos que nos dieron, por cierto, un puñado de breves films que aun puede que nos siguiesen pareciendo obras maestras. Pero, esto aparte, ¿es que el sonido ha perjudicado en algo a este arte nuevo? Mejor, y más claro: ¿es que ha perdido alguno de sus valores esenciales?, ¿es que se ha perdido algo con la conquista de la profundidad? Al principio se dijo —y estuvieron a punto de demostrárnoslo— que el cinema, con la voz, acabaría siendo un teatro interior. Se confundían los términos de la proposición porque se hablaba de la voz como cosa accidental, adjetiva —como sonido, en fin—, y no como medio de expresión. Si el cinema había de parecerse al teatro, de entonces en adelante, era por la razón sencilla de que sus personajes dirían algo; no sólo porque hablarían. La impresión de cosa real que el tablado escénico nos da, no proviene precisamente de que sus héroes emitan unos sonidos determinados, sino porque, al llegar a nosotros esas palabras, esa voz, se transforma, bien en sentimientos, bien en ideas. Es porque lleva hasta el espectador, clara, directamente, sensación de profundidad. Y eso es lo que no han querido ver —o no quieren ver todavía— quienes hablan de mímica y de arte de superficie. Y, lo que es peor, muchos de nuestros animadores.

J. RUIZ DE LARIOS

La historia de Freddie Bartholomew, el David Copperfield de la pantalla, es la historia de un milagro operado por la fe de un niño. No podrían calificarse de otro modo los recientes acontecimientos que lo han levantado de la obscuridad de una remota aldea inglesa, a alturas estelares en el arte cinematográfico.

Freddie se ha encumbrado a la gloria en ocho meses, cuando apenas cuenta once años, y su encumbramiento enseña una rara lección de perseverancia e infantil entusiasmo, digna de referirse.

Freddie Bartholomew nació en un modesto barrio de Londres, el 28 de marzo de 1924. Los primeros años de su infancia transcurrieron en la capital del reino británico. Freddie, cuya memoria sorprende a quienes tienen oportunidad de tratarlo, recuerda los paseos que daba con la madre en un parque londinense mucho antes de cumplir tres años. No ha olvidado tampoco ninguno de sus juguetes, y describe con abundancia de detalles el cuarto donde se entretenía con ellos.

No disfrutando de robustez, su salud constituía fuente de constante preocupación para sus padres. Los médicos recomendaron una temporada en el campo como medio de tonificar las fuerzas del niño. Y así, a los tres años, fue llevado a visitar a la familia de su padre, que vivía y vive aún en Warminster, condado de Wiltshire.

Allí comenzó una nueva vida para Freddie.

Warminster es una aldea de seis mil almas, situada en tranquila comarca donde la vida se desliza apacible y monótonamente. Tiene un cielo más propicio que el de Londres, y era un lugar excelente para el niño.

Los abuelos de Freddie ocupan una casa espaciosa y cómoda, con amplio terreno alrededor, y tras la casa hay un huerto circundado por alta cerca y tupido seto. Un emparrado se levanta entre los arbustos del huerto.

Por supuesto, el verde rincón resultó para Freddie una tierra de encanto. Allí pasaba el día entero, en pleno sol, pues las neblinas son raras en Warminster. Allí, entre los árboles y bajo el emparrado, corría y retozaba y conversaba con sus juguetes.

Y allí fue también donde conoció a la persona que tuviera mayor influencia en los primeros pasos de su vida artística. Nos referimos a la hermana de su padre, miss Millicent Bartholomew, dama amable y distinguida que goza de generales simpatías en la vida social de aquel lugar.

La tía le inspiró gran afecto, y Freddie no tardó en ponerle el sobrenombre de «Sissie», que en español equivaldría a «hermanita». Por su parte, ella acogió a Freddie con ternura maternal, llegando a ser para él consejera, amiga, hermana y guía. Tenía una comprensión instintiva del alma del niño, quien le comunicaba sus alegrías y sus penas, seguro de encontrar sostén y consuelo en ella.

El verano pasó rápidamente, decidiéndose que Freddie continuara en el campo durante el invierno. Entonces comenzó su educación, pero no por los medios ordinarios.

La maestra era la tía Millicent, y Freddie el único alumno. Estudiaban en la sala de la casa, sentados a las llamas vacilantes del hogar. Y los temas de estudio no eran sólo el abecedario, los rudimentos de la escritura y la aritmética. Practicaban también la dicción



Un pequeño gran actor Freddie Bartholomew



Freddie Bartholomew en la parte de hijo de la heroína en *Anna Karenina*, papel que tiene Greta Garbo.

y la elocución, y miss Bartholomew, bastante versada en materias de esta índole, leía con frecuencia párrafos literarios de buena cepa. Casi desde el comienzo, Freddie reveló su poder de concentración y su memoria extraordinaria. Por ejemplo, la tía recitaba un poema. Al cabo de una semana, Freddie, en un momento de súbito recuerdo, repetía el poema al pie de la letra. No tardó miss Bartholomew en descubrir y cultivar este don en su sobrino. Durante aquel invierno, en un té social y tertulia de Warminster, Freddie se prestó a

Freddie Bartholomew en una escena de su primer film «David Copperfield».

epiteto-
ner a los
presentes
recitando
una com-
posición
poética. En
caranóse en
una silla y
parado sobre
el mueble con
pies tan inseguros
que la tía
hubo de sujetarlo,
narró la histo-
rieta versificada de
un policía londinense.
La composición
había sido su caballo
de batalla en la intimidad
de sus clases
privadas, y en público
resultó una sensación
sistémica. Desde entonces,
en funciones sociales
y reuniones de amigos, se
solicitó a menudo la actuación
del diminuto declamador.
Y Freddie nunca se negaba,
aunque nunca pecaba
de importuno. En realidad,
poseía una ingénita presencia
de escena y parecía tener
el don de dominar a su auditorio.

El repertorio se fue ensanchando de día en día. Y su regreso a Londres fue postergándose de mes en mes, al comprender los padres la benéfica influencia que la atmósfera de Warminster había producido en el niño. Al cabo de algún tiempo se abandonó por completo la idea de su regreso, y Freddie se convirtió en poblador definitivo del condado de Wiltshire.

Su actuación en las fiestas sociales de la localidad le valió una celebridad regional. Cuando quiera que un grupo de aficionados organizaba una función teatral, Freddie era número obligado. Sin embargo, nunca la echó de actor, imitando a los «grandes»; por el contrario, conservó la fresca espontaneidad que hoy lo caracteriza.

A los seis años recitaba largos pasajes de Shakespeare, y conocía casi todas las novelas de Dickens. Declamaba las memorables palabras de Porcia en *El mercader de Venecia*, extensos párrafos del soliloquio de *Hamlet* y otros pasajes. Sus obras favoritas eran dos, ambas de Dickens: *Un villancico* y *David Copperfield*.

Miss Bartholomew refiere que las peripecias y los infortunios de David, cuando niño, siempre emocionaban hondamente a Freddie. Cada vez que le leía aquella obra, se llenaban de lágrimas los ojos del niño. Entonces ella cerraba el libro, y comenzaba a jugar para hacerle olvidar las amarguras del pobre David.

Cuando la fama de Freddie traspasó las fronteras de Wiltshire, algunos amigos sugirieron a miss Bartholomew la idea de llevarlo a Londres a fin de iniciarlo allí en la carrera teatral. Ella siguió el consejo, pero la aventura no tuvo gran éxito. Ciertamente Freddie apareció en tres o cuatro dramas; sin embargo, su actuación fue insignificante en todos. Figuró también en dos o tres películas británicas, desempeñando papeles muy secundarios. En general, la tentativa no condujo a grandes resultados, y después de sufrir algunos contratiempos, la tía regresó a Warminster con su sobrino, resuelta a ponerlo en una buena escuela.

Eso era en la primavera de 1934.

A principios del verano los periódicos ingleses anunciaron que una empresa cinematográfica de Hollywood, la Metro-Goldwyn-Mayer, había dado los primeros pasos para filmar *David Copperfield*. Alguien leyó la noticia en alta voz una noche en casa de los Bartholomew. Freddie pareció no prestar mucha atención entonces, pero en realidad, y como lo prueban acontecimientos posteriores, nunca le había impresionado tanto noticia alguna.

Poco después, hacia mediados del verano, la prensa, volviendo al mismo tema, refería las dificultades con que tropezaba aquella empresa para encontrar un niño que desempeñara el papel de David en su infancia. El hecho reavivó el silencioso interés de Freddie, sin moverlo aún a la acción.

Por aquel entonces llegó a Inglaterra mister David O. Selznick, quien estaba encargado de producir la película e iba a la Gran Bretaña con el propósito expreso de buscar un actor infantil para el papel de David. Al salir la noticia en los periódicos... (Termina en la página 151)

El pequeño gran actor dedica sus horas libres a su fiel amigo Handy.





A rubia y graciosa actriz se halla pensativa. A sus ojos, muy azules, se asoman los recuerdos. Ella fué la primera que habló en el cine. Era por 1924, en una película de dos rollos titulada «Loves old sweet song», cuando el doctor Lee De Forest logró fotografiar al personaje y su voz en una cinta de celuloide. Entonces Una Merkel representaba un papel con la esposa del doctor De Forest, excelente cantante.

Cuando la película estuviere terminada, el inventor la presentaría como número de variedades. De ahí que cuando en 1928 la excitación del cine hablado alborotó todo Hollywood, ella se sintiera como una veterana de la pantalla sonora.

Al evocar aquella época, no puede menos que sonreír melancólicamente. Recuerda que en el local donde trabajaba no había sino un escenario que estaba pesadamente acolchado para eliminar el aire y los ruidos. Esta preparación se debía a la sensibilidad extrema de los discos que parecían un par de chimeneas conectadas por un alambre eléctrico. Cuando acabó de hablar y hubo de contestarle el primer galán, tuvieron que remover toda clase de tornillos y palancas, y ajustar la longitud de las ondas, o lo que fuera, para adaptar su voz al registro. ¡Lo más difícil que en los tiempos actuales!



Una

merkel

la primera
artista
que habló
en el
cine

SUBLIME OBSESION

FilmoTeca
de Catalunya

el film de JOHN M. STAHL, es otro eslabón de la cadena maestra del director de «SEMILLA», «EL INSTINTO DEL AMOR», «LA USURPADORA», «PARECE QUE FUÉ AYER» e «IMITACIÓN DE LA VIDA».

SIEMPRE que esperamos una obra de estos grandes directores de la pantalla confesamos que asistimos a su proyección con un invencible temor de que ésta no quede a la altura de sus obras que tenemos por definitivas. Esperamos siempre tanto, que, en ocasiones, una indecisión nos anuncia un sentido adverso para la obra. Todos los directores han tenido en su carrera varios fallos perdonables, pero ciertos. Por esta causa, cuando nos avisaron que iban a pasarnos «Sublime obsesión», el último film de Stahl, acudimos con la seguridad que sería una buena cinta, pero en nuestro interior, con una lucecita que no podíamos desechar, de incertidumbre, de duda. Y rotundamente podemos afirmar que pocas veces hemos quedado tan satisfechos. No sólo no daba un paso atrás en su carrera, no sólo se mantenía firme y sin el más leve titubeo, sino que otra vez nos volvía a ofrecer el privilegio de su visión de un mundo desde el punto de vista más humano. «Sublime obsesión» es una digna continuadora en la obra de Stahl, del Stahl más inspirado, recto, seguro, sin aquellas vacilaciones de su enorme obra «Imitación de la vida», que, pese a ellas, no empañaban la grandeza total.

El Stahl de «Sublime obsesión» es el mismo que se nos descubrió en «Semilla», con toda la fuerza de la realidad, llevada con valentía y con ternura. En «Semilla» se descubre a sí mismo, descubre las inmensas posibilidades que se abren ante él con ofrecer la palabra a sus personajes, pues el Stahl del cinema mudo se resentía de esto, precisamente. Su «Amantes», con Novarro y la Terry, pecaba de ritmo lento, de desigualdad; sus personajes, que él los comprendía con esa belleza de la palabra, tenían que manifestarse por el gesto, y el vacío de la mudéz, de las sombras, era para Stahl barrera que impedía su visión exacta de lo humano. Lo mismo podía constatar en «Consumatum est», un tipo de comedia que no se avenía a su estilo, pero que logró cuajarla con una derivación sentimental bien calculada.

Pero es «Semilla», una vez el cinema parlante ha quedado establecido, la que nos ha de mostrar el matiz de sencillez, exquisito y con la belleza del sentimiento que anima a este director. Indótil añadir la trágica sensación que despierta en la obra, sin derivaciones amañadas de folletín, ni truculencias que falseen la realidad. Stahl ve, observa, analiza, detalla y luego lo compone con su sentido equilibrado que hace aunar el esfuerzo del claro entendimiento con la potencia creadora del corazón. Y abre un camino, una estela a su obra: la mujer. Ningún otro recogerá con tanta fortuna y con medios más limpios y sencillos la complicada psicología femenina, que, por un milagro, se nos aparece sin complicaciones, comprensible, como si su cuerpo fuera una envoltura de cristal por la que se percibiese el interior. Y ayer fué la madre que todo lo sacrifica por sus hijos, por la semilla que brotará y crecerá. Luego es la amante, la que vive contra la sociedad constituida, un personaje que jamás se había llevado con tal tono de sinceridad y nobleza al cinema. Y en «Parece que fué ayer», aquella ingenua, inolvidable Margaret Sullivan, que vive toda la vida de una ilusión.

Y ahora nos ofrece «Sublime obsesión», en la cual, y quizás por vez primera en su carrera, nos ofrece un estudio completo de un hombre. Aquí tiene tanta o más importancia el hombre que la mujer, más Robert Taylor que Irene Dunne, pero siempre los hace depender a uno del otro; si uno vive su vida es que ésta estará llena de la imagen del ser del otro. Y a Taylor-Dunne los iluminará con una idea, con un personaje que no aparece en la pantalla corporalmente, pero cuyo espíritu es el que anima a los protagonistas y a la obra. Cuando el cinema, en su mayor parte, lo llenan las heroínas sofisticadas, los héroes de a puñetazo limpio, las comedias vacías o los dramas ridículos, John M. Stahl nos ofrece un mundo sincero, triste, pero humano, que hace vibrar en nosotros las cuerdas más sensibles, no sirviéndose nunca de situaciones retorcidas ni de actitudes sensibleras. El mundo de Stahl es lógico, viven para amar y ser amados, y el amor girará siempre en torno de ellos. Hay quien achaca a Stahl una excesiva limitación al sentimentalismo, al camino fácil de lo triste, y el error con que juzgan la obra de Stahl nos hace dudar de su responsabilidad crítica. ¿Es fácil un camino que una sola nota falsa hará caer la situación en el ridículo? ¿Dónde está la nota falsa en la obra de Stahl? Imposible de hallarla; son los personajes que viven, no el decorado sea o no de cartón, son los personajes que imitan a la vida, con una perfección que no sabríamos elegir entre la real y la de las sombras. De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso, un paso que jamás ha dado Stahl que siempre pisa el terreno de lo sublime. Como constatabamos ayer, esa carencia de «close-up» en sus métodos ya nos demuestra el sentido de verdad que quiere dar a su obra. Nos presentará a uno por uno de sus personajes con cariño, con exactitud, una sola actitud será suficiente para que comprendamos la idiosincrasia de cada cual. Y la anécdota la explicará con fluidez, seguro, nunca recalando los motivos sólo con dejarlos brotar con sencillez el efecto resaltará con energía. Y sus personajes hablarán, pues en la vida todos hablan, con locuacidad unas veces, parcamente en otras, sin nada que decir cuando los sentimientos se traslucen con el gesto y la actitud, y, entonces, ese valor del silencio, tan distinto a la imperfección del cine mudo, logrará unos valores incalculables.

Ofrecerá momentos de fina comicidad, de humorismo, que serán gotas que aliviarán el dramatismo del momento, y las filas interminables de públicos heterogéneos verán iluminar sus rostros de una sonrisa cuando hace un solo momento la emoción les atenecía las gargantas. Y sus personajes serán humanos, capaces de comprender, porque campea en su obra el espíritu del que quiso que todos fuéramos comprensivos. Y el destino, que se volverá de espaldas a todos ellos, no podrá, con todo, borrarles la fe, la esperanza en el mañana.

John M. Stahl ha logrado otra exquisita obra, un film que se dirige a todos, sin clases ni barreras, un film realizado para los grandes palacios de proyección y para los cinemas populares, pues en todos hallará su ambiente, el público que sepa comprenderle.

Angel ZUNIGA



lo más HERMOSO que ella PUDO HACER

NOVELA CORTA

Abrumada por la negra sombra de un pecado antiguo, esta joven no sabía, al principio, hacia dónde volverse

DURANTE los dos años que pasó viviendo con Ana Tabor, ésta fue un misterio para mí. Mostrábase cariñosa y dulce, considerada y suave, pero en sus ojos había una expresión especial que indicaba la existencia de un secreto en su alma. En nuestras charlas íntimas, me hacía ciertas confidencias. De pronto se callaba, se acentuaba la extraña expresión de sus ojos y allí terminaba la conversación. Nunca quiso revelarme su secreto, y supena me entristecía porque la quería como a una hermana. Tenía motivos para eso porque Ana me hizo un favor que nunca podré pagarle, según sabrá el lector oportunamente.

De ordinario Ana era apacible y equilibrada. Ya se comprenderá, pues, mi asombro cuando una noche la vi entrar corriendo en mi habitación, arrojarse sobre la cama y echarse a llorar de un modo desgarrador.

—¿Qué te pasa, querida Ana?— le pregunté sin creer lo que veía.

—¡Oh, Wilma!— exclamó volviéndose a mí—. ¡Soy muy desgraciada! ¡Ojalá me hubiese muerto!

Me esforcé en tranquilizarla y le dije:

—Sin duda habrás reñido con Alberto. No te apures, mujer, porque ya harás las paces.

Ella sonrió amargamente y tomándose la mano me preguntó:

—¿Crees, Wilma, que una persona puede o debe ser víctima de las faltas ajenas?

Y antes de que yo pudiera contestar a tan difícil pregunta, añadió:

—Alberto me ha pedido esta noche que me case con él, pero le he contestado que no quiero.

—¿Que no quieres? ¿Por qué? Me figuraba que lo amabas mucho.

—En efecto, le quiero más que a mí vida— replicó.

—Pues, entonces, ¿cómo se explica...?

—Porque no puedo— contestó con acento dolorido—. Porque estoy pagando culpas ajenas. Y le quiero demasiado para ser la causa...

Hizo una pausa y añadió:

—Para que también él sea víctima...

Guardó silencio y yo recordé entonces la noche en que, dos años atrás, nos conocimos Ana Tabor y yo. Muchas veces me extrañó que mi amiga se hubiese compadecido de mí, porque las mujeres no suelen obrar de este modo. Aquella noche yo estaba desesperada. No encontraba trabajo y estaba sin empleo desde hacía varias semanas. Carecía ya de recursos, de manera que estaba hambrienta y loca de desesperación.

Eso parece casi cómico a fuerza de ser melodramático, pero en realidad no resultaba divertido. Y cuando se tiene hambre cambian bastante las opiniones. Comprendo ahora la razón de que algunas muchachas tomen un mal camino, porque muchas veces es el único posible.

Entonces también supe que no todos los hombres son iguales. Yo estaba resuelta a acercarme a uno. Pero el que elegí me miró de pies a cabeza y me sonrió de un modo raro.

—Me parece que quiere usted burlarse de mí— dijo—. Usted no es de esas.

¿Tiene hambre?

Yo afirmé con la cabeza y él entonces me cogió por el brazo y dijo:

—Venga conmigo.

Me llevó a un restaurante en donde comí con voracidad, pues estaba hambrienta. Mientras tanto, mi compañero me miraba afectuoso.

—¿No tiene usted trabajo, señorita?

—Hace ya muchas semanas que lo busco en vano— contesté.

—Es mala suerte. Pero no se apure, porque no puede durar.

Yo entonces me atreví a decirle:

—¿Y no podría usted... no podría... proporcionarme algo que hacer?

Vacílo antes de contestar:

—Lo siento mucho, pero no puedo, señorita. Las cosas están muy mal. Sin embargo, no se desanime, porque ya encontrará algo. Recuerde que cuando es más oscuro, amanece. Y ahora dispénsese, pero he de dejarla. No haga ninguna tontería y ya verá cómo encuentra algo. Buenas noches.

La gratitud y la emoción me impidieron contestarle y las lágrimas que llenaban mis ojos lo ocultaron a mis miradas. Y no pude contener un sollozo al descubrir que me había metido en mi viejo bolso un billete de cinco dólares. Dios le bendiga, quienquiera que sea.

Pero ¡ay! aquello no fue más que un momento de respiro en numerosas semanas de miseria y de dolor. Pasaron muchos días sin que cambiase mi situación. Los cinco dólares se me terminaron. Una noche, desesperada, me detuve junto a un farol sin saber apenas lo que hacía. Un hombre que se paró a mi lado dirigióme una mirada interrogadora. Yo me encogí de hombros, resignada y dispuesta a seguirle. Pero en aquel preciso momento oí una voz a mi espalda que decía:

—No haga usted eso.

Volvíme y vi a una joven de mi edad, poco más o menos, que se interpuso entre mí y el conquistador.

—Voy a tomar el autobús— dijo— y supongo que usted me acompañará.

Me llevó consigo. Aquel hombre dijo algo que mi compañera no oyó al parecer. Yo tampoco me fijé gran cosa en sus maldiciones, porque me dominaba una indiferencia extraordinaria con respecto a todo. Aquella joven me miró de un modo afectuoso. Su aspecto era tan agradable y tan simpática su sonrisa, que me avergoncé y quise disculparme, pero ella no me lo permitió, diciendo:

—No hay necesidad. Yo comprendo que no se halla usted en estado de elegir.

Mientras se acercaba el autobús, mi compañera me cogió por el brazo, diciéndome:

—Vámonos a mi casa. Tomaremos el té y algunos sandwiches y luego charlaremos un poco.

Asi conocí a Ana Tabor. Era una muchacha muy simpática, buena y ríspaz. Pronto encontró trabajo para mí en el mismo almacén de drogas en que estaba empleada ella misma como secretaria particular del gerente, lo cual le permitió, tal vez, lograr que se crease una plaza para mí. Di las gracias a Ana, aunque no pude expresarle por completo mi gratitud. Pero me juré aprovechar la primera ocasión que se presentase para demostrarle mi agradecimiento.

Y así, la noche en que mi amiga entró llorando en mi habitación, recordé otro pequeño incidente. Muchos meses atrás la acompañé una noche a dar un paseo con dos muchachos, uno de ellos subgerente de sección del almacén de drogas en que ambos trabajábamos y el otro un viajante de la misma casa, llamado Alberto Howard, hijastro del presidente de la empresa. Era un buen muchacho, aunque un poco presumido, y en especial con las mujeres. Aquella noche evidentemente salió con nosotras con el decidido propósito de coquetear una juerga. Ana, que le conocía muy bien, aunque nunca había salido con él, lo toleró sonriendo hasta que él se propuso. En cierto momento la cogió por la cintura y a pesar de las protestas de mi amiga, le cubrió la cara de besos. Ana se libró de él muy enojada y le dio un bofetón.

El quiso excusarse, pero mi amiga le ordenó secamente que la llevara a su casa.

Mientras guiaba el automóvil, Alberto debió de comprender que había ofendido a Ana, pues cuando llegamos a nuestra casa le rogó, suplicante:

—Perdóname, Ana. Siento mucho lo ocurrido. Debi de conocerla mejor. Ya veo que no es usted como la mayor parte de las muchachas. ¿Me perdona?

Ella se quedó mirándole un momento y luego se metió en la casa.

Al día siguiente él le mandó flores. Ana me las mostró, así como la tarjeta en que Alberto le preguntaba si estaba perdonado, y luego la rompió y la tiró al cesto de los papeles. Sin embargo, guardó las flores y cuando yo le hice una broma acerca de este detalle, me contestó que ellas no tenían nada que ver en el asunto y que aquel hombre no le importaba nada.

Pero a medida que transcurrió el tiempo, vi que mi amiga ya no pensaba de igual modo y que él también parecía tener otros sentimientos con respecto a ella. A mí me divertía el flirteo y por agradecimiento deseaba la felicidad de mi amiga, esperando que sus amores borrarían la tristeza que a veces experimentaba.

Cuando aquella noche entró llorando en mi habitación, interrogándome si me parecía justo que ella pagase culpas ajenas, me pregunté qué querría decir con estas palabras.

Por eso no pude hacer otra cosa que dirigirle frases de consuelo, asegurándole que el pasado era una cosa muerta y que si se habían cometido errores por culpa ajena, debían quedar completamente olvidados. La abracé luego y le aconsejé que se casara con el hombre que amaba, asegurándole que sería feliz y que si había cometido alguna falta, de sobra la rescató salvándose a mí cuando estaba a punto de perderme.

—¡Oh, Wilma!— exclamó, echándose los brazos al cuello.

Yo le aseguré que sería su madrina de boda. Y llenándome de besos, se echó a reír ya consolada.

—Sí, me casaré. Me casaré a pesar de todo.— exclamó—. ¡Oh, querida Wilma! ¡No sabes cuánto le amo!

A partir de aquel día los dos novios parecían ser muy felices. Y cuando un día mi amiga me mostró su sortija de prometida, le hizo llorando de alegría.

Pero de nuevo la tragedia pareció empeñada en seguir los pasos de mi amiga. Alberto salió de viaje y antes de hacerlo es evidente que comunicó a su madre y a su padrastro su compromiso con Ana. Más tarde supimos que se disgustaron mucho, pues, al parecer, tenían planes más ambiciosos acerca del matrimonio del joven. Pero Alberto no dijo nada de eso a Ana, esperando que sus padres acabarían por acceder, pero se equivocó.

Una noche, poco después de marcharse Alberto, llamaron a nuestra puerta. Al abrir vimos al matrimonio Howard. Ana, de momento, se figuró que querían hacerle una visita amistosa y los recibió con una sonrisa, mas no tardó en darse cuenta de su error. El señor Howard le dirigió la palabra con sequedad, diciendo:

—Me he enterado, señorita Tabor, de que ha prometido usted casarse con mi hijo.

Daba este nombre al joven, aunque sólo era su hijastro, pues aquél se casó con la madre durante la infancia de Alberto.

—Es verdad, señor Howard— contestó mi amiga.

—Pues vamos al grano cuanto antes, señorita Tabor. Deseo que rompa usted su compromiso con mi hijo.

—Ana, anonadada, tartamudeó:

—¿Qué... qué... quiere... usted decir?

—Sencillamente, que ha cometido usted un error, señorita. Hágase cargo de lo que Alberto será algún día y de la posición que gozará. Comprende que su idilio les haya cegado a los dos, pero yo no puedo consentir que continúe. El mismo Alberto no tardaría en arrepentirse, lo cual sería una causa de infelicidad para usted.

—Ya comprendo— replicó Ana—. Cree usted que no soy bastante para su hijo.

—No es eso, precisamente, querida señorita— dijo el señor Howard—. Pero hágase cargo de que una vez pasada la ilusión, este enlace sólo les proporcionaría disgustos. En la vida les separa todo: la posición, la educación y el nacimiento. Por desagradables que parezcan, éstos son los hechos. ¿No com-

prende, pues, que en obsequio a él, si realmente lo quiere, lo mejor que podría hacer sería dejarle?—

Tras un largo silencio, me levanté para salir de la estancia, pero mi amiga me hizo señas de que me quedase.

—Comprenda usted, querida señorita —prosiguió diciendo el señor Howard—, que hemos formado grandes planes acerca de Alberto. No se figure que lo menosprecio, pero mi hijo debe casarse con una persona de su posición social. Estoy seguro de que este amor no es más que un capricho pasajero, porque es muy joven todavía.

—Me parece que quiere usted burlarse de mí —dijo—. Usted no es de esa. ¿Tiene hambre?

Yo habría intervenido con gusto, para decirles que no habría podido hallar una mujer más digna de casarse con Alberto, pero me callé, persuadida de que Ana oiría mis palabras con desagrado. La pobre se limitó a asentir con un movimiento de cabeza y en vista de que no contestaba, la pareja se apresuró a retirarse. Y en cuanto hubieron atravesado la puerta, Ana se echó a llorar.

Yo traté de consolarla, asegurándole que Alberto no sería de la misma opinión que sus padres, pero no lo conseguí, porque ella se pasó la noche entera llorando.

Sin duda alguna los padres comunicaron algo a Alberto, porque éste se apresuró a regresar de su viaje. Acudió en seguida a ver a su novia, y en cuanto la tuvo delante le preguntó:

—¿Qué ocurre, Ana? ¿Qué ha pasado?

Y palideció de un modo horrible al ver que Ana se quitaba su sortija y se la devolvía, diciendo:

—Nada, Alberto. He reflexionado y no quiero casarme contigo... porque... porque no te amo bastante.

El guardó silencio unos instantes y luego exclamó:

—Eso no es verdad. Bien lo sabes.

Ella estuvo a punto de ceder y dijo:

—Hazme el favor... Alberto...

Yo no pude seguir silenciosa.



—Tiene usted razón, Alberto. No es verdad y a la pobre se le está destrozando el corazón. Sus padres estuvieron aquí y hablaron con Ana. Sé que no tengo derecho a intervenir, pero eso es horrible.

—¿Y qué dijeron mis padres?— preguntó él.

Yo le referí la conversación y él no esperó a que terminase. Profirió una maldición y volviéndose hacia Ana, le dijo:

—Hazme el favor de prepararte, Ana, porque nos casaremos mañana mismo. Si no tuviese que hacer esta noche nos casaríamos inmediatamente. Pero mañana por la mañana vendré a recogerte.

—Pero, Alberto...— exclamó mi amiga en extremo apurada, pues no esperaba tal cosa.

—No hay ningún «pero». Haz lo que te digo. Te amo y no necesito que nadie venga a decirme lo que debo hacer.

En cuanto se marchó, yo me apresuré a preguntar a Ana si la había molestado mi intervención.

—De ninguna manera, Wilma —me contestó—. Has hecho bien.

Mas, por desgracia, el padrastro no se dejó derrotar con tanta facilidad. Es evidente que aquella noche hubo una disputa violenta en casa de Alberto. Según luego supimos, éste salió furioso de su casa, pero no sin que su padrastro hubiese averiguado que se proponía casarse con Ana a la mañana siguiente. Entonces fue cuando Gordon Howard jugó su última carta.

A la mañana siguiente llegó Gordon Howard muy poco después que su hijo y sorprendió a los novios cuando se disponían a salir.

Cerró la puerta, se apoyó en ella de espaldas y sonriendo con sarcasmo, dijo:

—Un momento, joven. Cuando sepas lo que voy a decirte, tal vez no tendrás tanta prisa en casarte con esta señorita.

—¿Pase!—gritó Alberto avanzando hacia él—. Nada de lo que pueda usted decir me hará cambiar de propósito.

—¿No?—exclamó Howard—. Lo siento mucho, pero me obligas a que hable. ¿Qué te parecería si tu prometida fuese hija ilegítima?

Ana dió un grito. Yo me quedé anonadado y Alberto se quedó atónito. Pero casi en seguida, gritó:

—¿Es usted un criminal! Voy a hacerle tragar ese insulto horrible!

Y clavó sus convulsas manos en la garganta del viejo, pero Ana se interpuso y se esforzó para que lo soltase. Por fin lo logró, pero Alberto seguía exclamando:

—¿Es usted un bandido! ¡Retire cuanto antes esas palabras!

Howard se sostenía en pie con dificultad, pero no por eso se daba por vencido.

—¿Te figuras que soy capaz de decir una cosa así sin pruebas? Pero mira a tu prometida y su mismo rostro te dirá si es verdad lo que afirmo.

Alberto se volvió a mirar a Ana, quien, con voz apagada, exclamó:

—Lo que dice tu padre es cierto.

En su rostro se pintaba el dolor, la paciencia y la vergüenza, pero también me pareció descubrir que se callaba algo relacionado con su nacimiento.

Hubo en la estancia un largo silencio, sólo interrumpido por la agitada respiración de las cuatro personas que la ocupábamos.

Nadie sabía cuáles eran los pensamientos de Ana, en cuyos ojos brillaba un resplandor extraño.

—¿Me crees culpable?, parecía preguntar. «Te amo.»

Y en los ojos de Alberto vi claramente su firme decisión de no dejarse influir por aquella circunstancia. Y parecía contestar:

«Desde luego, es doloroso, pero tú no tienes culpa alguna. Y yo también te amo.»

Luego, sin mirar a su padrastro, se acercó más a la joven y le dijo:

—Querida mía, te amo. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella sollozó y se apoyó en Alberto. Yo, mientras tanto, respiré con libertad. Pero Gordon Howard, no dándose por vencido, añadió:

—Eres un loco que no atiende a razones. Muy bien. Has hecho tu elección. Te arrepentirás. Por de pronto quedas despedido de la casa, advirtiéndote que el porvenir que te espera es muy negro, cuando la gente sepa lo que has hecho.

—Poco me importa todo eso —exclamó el joven—. Ana no tiene culpa alguna de su nacimiento. Daría pruebas de ser un miserable si por esta causa la abandonase.

—Muy bien. Haz lo que quieras. Pero atente a las consecuencias. Ten presente que a partir de este momento somos dos personas que no se conocen siquiera. Y recuerda que te he despedido. Adiós.

E iba a marcharse cuando Ana le interrumpió diciendo:

—Un momento, señor Howard.

—¿Qué quiere usted?

—Decirme que tiene razón —replicó mi pobre amiga—. Quiero demasiado a Alberto para destruir su porvenir. Y por esta razón se lo devuelvo. No me casaré con él para hacerle desgraciado.

—¿Qué dices, Ana? ¿No es posible que hables en serio!— exclamó Alberto.

—Sí, querido Alberto —replicó ella mirándole amorosa—. Esto es lo mejor que puedo hacer. No quiero hacerte desgraciado.

—Pero, Ana...

—Creo que no debes insistir, Alberto —interrumpió Howard—. No tardarás en convencerte de que eso es lo mejor.

Mas el joven no quiso convencerse. Suplicó repetidas veces con la mayor vehemencia a Ana, quien se mostró dura como el diamante. Entonces el joven, desesperado, salió en compañía de su padrastro.

Tan pronto como hubieron desaparecido, tuve que coger en mis brazos a mi amiga para impedir que se cayese.

La tendí en la cama y sólo a fuerza de cuidados pude lograr que recobrase el sentido. Durante varios días mi amiga vivió como en sueños.

Por las noches apenas dormía y pasaba los días sin comer y sin prestar atención a cosa alguna.

Una noche, al llegar tarde a casa, encontré a mi amiga ocupada en quemar un paquete de cartas. ¡Pobre Ana! Su sacrificio era inmenso, porque seguía amando a Alberto.

Por fin se levantó y, diciendo que estaba muy fatigada, salió de la estancia. Yo me quedé sentada ante el fuego, pensando en mi pobre amiga. Al mismo tiempo miré cómo se quemaba un paquete de cartas.

De pronto, voló, convertida en ceniza, la cubierta y vi una hoja de papel que el fuego no había consumido todavía.

Al mirar observé que la letra no era de Alberto, sino de una mano desconocida y que, al parecer, aquel papel era bastante antiguo. Lo saqué del fuego y después de haberlo mirado ligeramente, me disponía a arrojarlo de nuevo a la llama, cuando me llamó la atención la firma. Y al leer la carta me quedé pasmada.

Aquella circunstancia fortuita no podía atribuirse al azar, pues gracias a ella, dos vidas siguieron un curso distinto y mucho más feliz. Y dando mentalmente gracias a Dios, me guardé el precioso papel.

Pon fin, conocía el secreto de la vida de Ana.

¿Y qué secreto!

Al pensar en la paciencia y en la bondad de que dió muestras, no podía contener mi cólera.

Y entonces creí que había llegado la ocasión de corresponder a la genero-

sidad y a la bondad de mi amiga, de manera que no vacilé ni por un momento acerca de lo que tenía que hacer.

A la mañana siguiente me presenté en la oficina del presidente del almancen de drogas.

Gordon Howard me miró irritado, preguntándome qué deseaba. Al principio me esforcé en mostrarme amable, rogándole que se compadeciera del dolor de mi inocente amiga, pero él me contestó airado que ni el lugar ni la ocasión eran los más apropiados para ello. En vista de esta respuesta, saqué tranquilamente de mi bolso la carta que salvé del fuego y la extendí abriendo ante los ojos de mi interlocutor.

—Fíjese usted en esta carta, señor Gordon Howard —dije—. Está dirigida a «Mi querida Laura» y la firma un señor llamado «Gordon Howard».

—¿Qué es eso?— preguntó con voz ronca y los ojos desorbitados.

—La carta es muy significativa —añadí—. Se habla en ella de una niña, de una niña ilegítima. Hay muchas explicaciones y excusas por parte del hombre que escribió la carta. Pero es dudoso que el público las aceptase como buenas si este documento fuese publicado y las consecuencias no serían agradables para el hombre en cuestión, que en la actualidad ocupa una alta posición.

Me miró como atontado y con ahogada voz preguntó:

—¿Cuánto quiere por esta carta?

—Estas mismas palabras esperaba de usted —contesté con desprecio—. El hombre que se ha conducido con tanta crueldad con una muchacha como Ana, es muy capaz de querer comprar a la amiga de ésta.

Y entonces, incapaz de contenerme, le dije cuanto me proponía. Hice resaltar la grandeza de alma de mi amiga, que a pesar de tener tales cartas en su poder, consintió en perder su felicidad antes que cometer un acto que pudiera parecer poco delicado o de revelar a su amado quién era Gordon Howard, y le dije que por mucho que buscara no podría hallar en el mundo entero una mujer que mejores y mayores pruebas diese de ser digna de Alberto que mi generosa y buena amiga. Le reconvine por su crueldad, por su brutalidad y, en fin, no escatimé insulto ni recriminación alguna.

Por fin, ya fatigada, me callé. Hubo unos momentos de silencio, y entonces él preguntó:

—¿Qué quiere usted que haga?

—No puede usted hacer más que una cosa, señor Howard —contesté—. Obre como un caballero y como un cristiano. Pida el perdón de Ana y de su prometido y dé su consentimiento para que se casen y sean felices. Este es el precio que yo fijo a esta carta.

Hay siempre algo bueno en todos los hombres. Por un instante me miró con fijeza. Por fin, aquel hombre, que era el árbitro de la suerte de tantas personas, habló con voz insegura, diciendo:

—No comprendo lo sucedido. Hasta ahora me figuraba que el pasado había muerto, pero la verdad es que no muere para los que pecan. Yo pecué. Quería casarme con la madre de Ana, pero me lo impidieron la ambición y el orgullo. Y, necio de mí, quise renovar mi pecado impidiendo que Alberto se casara con mi hija. Puedo decir en mi disculpa que solamente me movía el interés por el muchacho, pero no, no es eso tan sólo. También me dejó llevar por el orgullo. En fin, señorita, ha logrado usted la victoria y creo que debemos felicitar a Ana por la circunstancia de que sea usted su amiga.

Yo sonreí y él añadió:

—De todas suertes, para tranquilidad de su amiga, creo que será mejor no referirle esta escena. Vale más que se figure que me he arrepentido, sin necesidad de que nadie me haya obligado.

Se lo prometí y me volví a casa.

Pocos días más tarde Ana entró corriendo en mi habitación, ruborizada, excitada y tan radiante de alegría como si fuese una jovenita.

—¡Oh, Wilma, qué feliz soy!— exclamó—. Voy a decirte lo que ocurre, pues necesito contárselo a alguien. Figúrate que Alberto y yo vamos a casarnos muy pronto. Anoche Alberto se acercó a mí con mucho misterio y me invitó a dar un paseo con él en automóvil.

Yo me negué al principio, pero tanto insistió, que al fin accedí. ¿Y sabes dónde me llevó?

Pues a su casa. Sus padres, que nos invitaban a cenar, estuvieron cariñosísimos. Después de cenar el señor Howard me explicó el misterio. Dijo que había reflexionado y que comprendía la inconveniencia de oponerse a nuestra boda y que ninguna culpa tenía yo de mi nacimiento. Luego él y la madre de Alberto nos desearon toda suerte de felicidades.

Ana era nuevamente feliz.

Hizo una pausa y añadió:

—En cuanto nos casemos, iremos a pasar nuestra luna de miel a Escocia. Al regreso de nuestro viaje, Alberto será nombrado subgerente. En fin, soy feliz.

Yo no contesté. Pero Gordon Howard se habría dejado influir por el hecho de que Ana era su hija?

Porque, en resumidas cuentas, por nuestras venas corre sangre y no agua.

Adelgazar CON SABELIN NO PERJUDICA LA SALUD

Composición de hierbas medicadas para corregir y evitar la OBESIDAD.

El sistema más positivo de combatir la OBESIDAD es, sin duda alguna, POR USO INTERNO, ya que la grasa que debemos eliminar, por ser la que verdaderamente perjudica la salud, es producida en el interior de nuestro organismo, que envuelve nuestros órganos principales: Corazón, Riñones, Intestinos, etc., etc. — ESTE ES EL PUNTO DIFÍCIL, eliminar esta grasa nociva SIN PERJUDICAR LA SALUD. — SABELIN, a partir de su uso interno, SOLUCIONA ESTE PUNTO ESENCIAL demostrando la eliminación de GRASAS INTERNAS y la completa seguridad de que en NINGÚN CASO PERJUDICA ya que no contiene fármacos ni extractos de Tiroidea que afectan al Corazón y producen la Tuberculosis.

Venta en principales Farmacias. — PRECIO 7 PESETAS

Registrado en la Dirección General de Sanidad con el n.º 13820

PIDA FOLLETO A CASA SEGALÁ, S. A.

RAMBLA DE LAS FLORES, 14 — BARCELONA

**COMPLETAMENTE
VEGETAL**

JULIÁN
ROMERO

Maria
Sus inte
han va
mos qu

CUANDO estas líneas salgan a luz, «Morena clara» se habrá estrenado en las principales capitales de España.

Imperio Argentina y Miguel Ligero son los destacados intérpretes de este film que ha dirigido Florián Rey. Los tres grandes triunfadores de «Nobleza batallas» vuelven a nuestras pantallas, que los reciben engalanados para mostrarlos con orgullo patriótico a su público entusiasta.

El arte personal de Imperio Argentina, su acusada e inconfundible personalidad, su riqueza expresiva, triunfa de nuevo de una manera definitiva en su interpretación de «Morena clara». Gitana por el fuego de sus ojos, por el color de su carne morena, por la gracia de su garbo andaluz, Imperio Argentina habrá de identificarse y convertirse en la mismísima Morena clara, encarnación del salero y donaire andaluces.

Miguel Ligero, el destacado intérprete de tantas producciones españolas, acentúa con su ingenio la gracia de este film, en el que la cámara ha aprehendido algo más que imágenes y sonidos: la fragancia del campo andaluz y la de los patios llenos de macetas con rojos claveles.

Cifesa, la gran productora española, ha añadido otro film de calidad a su magnífica lista. ¡Enhorabuena!



Fotos Cifesa



de producción

Maria del Carmen es la ingenua española creada para el cinema. Sus interpretaciones se cuentan por éxitos. Su juventud y belleza le han valido la admiración y simpatía de nuestro público. No dudamos que en su última creación en «El cura de aldea» habrá logrado con su talento corroborar el prestigio que ya posee.



Hollywood es la piedra de toque de los valores cinematográficos. Pocos artistas que carezcan de méritos resisten la prueba; los que los poseen fortalecen su popularidad y su forma a su paso por la ciudad del cinema. Rosita Díaz, hoy, como ayer Catalina Bárcena, vuelve de la meca soñada con la aureola de un prestigio ya indestructible. Cifesa ha incorporado a la simpática y admirada artista a su larga lista de prestigios del cinema hispano.

COLISEUM

Filmoteca

¡¡SÁBADO DE GLORIA!!



Adolph Zukor presenta a

**HAROLD
LLOYD**

en

"LA VÍA LÁCTEA"

Un film Paramount con
ADOLPHE MENJOU • VERREE TEASDALE
HELEN MACK • WILLIAM GARGAN
GEORGE BARBIER • DOROTHY WILSON
Dirección de Leo McCarey

DOS AÑOS DE LABOR CONSTANTE PARA LOGRAR
LA MÁS REGOCIJANTE COMEDIA DE HAROLD LLOYD
SI ES UN FILM PARAMOUNT ES LO MEJOR DEL PROGRAMA

JOAN

Blondell

DELICIOSA, deliciosamente seductora se nos muestra en esta foto la exquisita Joan Blondell, de la que no sabe uno qué admirar más: si la perfección soberana de sus lineas, la caricia de su sonrisa o el encanto de su finísima elegancia.



Filmoteca
de Catalunya



MES DE MARZO
POR

Ruiz de Larrios

LA FERIA DE LA VANIDAD.

Producción: R. K. O. — Intérprete principal: Miriam Hopkins. — Local del estreno: Astoria. — Fecha del estreno: día 5. — Director: Rouben Mamoulian.

Esta cinta que lleva el nombre de «La Feria de la Vanidad» habrá de ser retenida en los análisis cinematográficos como una fecha o mojón, como un hito que señale el punto de partida de una evolución que, apenas insinuando, ya tiene trazas de cambiar la faz de este arte nuevo. Hemos dicho la faz, y no sólo por exigencias literarias. El cinema va a cambiar, de un momento a otro, de rostro. Toda esa literatura que había provocado y que sigue provocando el blanco y el negro acabará no sólo pasando de moda, sino perdiendo incluso valor documental y psicológico, porque sólo servirá para demostrar que las gentes de nuestro tiempo no han conocido ni de lejos el sentido de la perspectiva. Queremos decir, aproximadamente, que hemos atravesado una época durante la cual no hemos sabido lo que nos decíamos. Necesitábamos algo más; un mayor dominio, sobre todo, de nuestros nervios; y un interés especialísimo

reconocer que nuestra civilización, como 1600 años antes, produce hasta la fecha, y como todas las civilizaciones que le suceden, en la medida en que pueda pararse en su marcha para mirarse reflejada en las tranquilas aguas de un estanque. Nada de eso. El cinema — signo de una época nueva — es algo que emplea: un arte que, sujeto a la técnica, ha de sufrir de las mismas inquietudes y renovaciones que ésta, que la técnica. ¿A quién podía extrañar, entonces, presente todo esto, que el cinema, desde un momento determinado, un paso adelante y dos atrás? Tiene cuarenta años de edad y es, comparado con la historia del arte, significa sólo unos meses de existencia o unos días en la vida de un hombre. Si *La Faria de la Vanidad* sólo hubiese servido para tornarnos el convencimiento de que el cinema, como expresión artística, necesita aún mucho por hacer, ya bastaría para que su le concediese una atención especial: un particular interés. Pero es que, además de todo eso, *La Faria de la Vanidad* es una buena película. «Adaptación de una novela famosa, *Vanity Fair* — que en buen castellano sólo podía traducirse por «La Faria de la Vanidad», o, más libremente, *Thackeray*, nos cuenta una historia burlesca, una magnífica historia y nos dibuja un tipo de mujer, el de *Becky Sharp*, que vale por muchas creaciones a la vez. Y vale por la fuerza humana que encarna: pero también porque su autor ha sabido situarla en el justo momento en que esa figura de mujer podía producirse sin contrastar

De las dos medallas de oro que otorgará «Proyector»

Una a la mejor interpretación femenina y otra a la mejor interpretación

Homenaje a los pioneros de la cinematografía

Una iniciativa que buscaba el momento propicio para cristalizar: la constitución de una entidad o grupo que recogiese las aspiraciones y las inquietudes de los periodistas y escritores cinematográficos de nuestra ciudad, encauzando propósitos y proyectos que exaltasen las actividades, así técnicas como literarias, que pudieran referirse a este arte novísimo. La circunstancia de celebrarse conjuntamente el cuarentenario de la invención del cinema con el mismo aniversario de la realización del primer film español, por un catalán, ha favorecido la formación de aquel grupo, que con el nombre de «Pro-Cine» ha comenzado su actuación organizando un homenaje a las personas de M. Louis Lumière —que vendrá expresamente a nuestra ciudad— y de don Fructuoso Gelabert. Estos actos, que culminarán en una sesión académica, en una proyección de los primeros films, y en una serie de conferencias que tendrán efecto en el Círculo Artístico y en el Foment de les Arts Decoratives —que hará coincidir la inauguración de su nuevo local con las fechas del homenaje— tendrán efecto bajo el alto patronazgo de la Generalidad de Cataluña.

Cinema Amateur

Invitados por el «Cinematic Club Amateur» asistimos a la sesión pública de presentación de films de argumento, seleccionados entre los presentados al concurso organizado por la mencionada entidad.

Los films presentados fueron: «Caballeros a la moderna», del señor Hoppe; «Tin, l'entrépid» (Tin, el intrépido), film realizado por los señores Lobet y Gracia; «Egoisme» (Egoismo), del señor B. Calsals; «Any nou» (Año nuevo), del señor Puig; «Per terres de l'Africa» (Por tierras de África). Muy humorístico del señor Intusias: «Los

Con fecha 1.º del corriente quedó constituida la «Agrupación de Cine Amateur de Madrid», la cual, por medio de PROYECTOR, dirige un saludo a todos los aficionados a la cinematografía.

Las actividades de la Agrupación serán la producción de films de paso estrecho, la organización de proyecciones y concursos y la participación, con sus películas, en concursos nacionales y extranjeros.

Regi, a su vez, le confesó con toda honradez que había salido con él para enamorarlo, creyendo que tenía dinero, y los dos juraron aguardarse mutuamente para que la boda de él no se malograra y hacer los posibles para que Regi se casara con un millonario.

Una vez sellado el pacto, comenzaron a firmar, y en éstas estaban cuando sonó el timbre. Ted, en calzoncillos, acudió a la llamada, y al ver un hombrillo de aspecto insignificante que le preguntaba por la señorita Regi lo hizo pasar con gesto ceremonioso.

A continuación se volvió hacia Regi y la amonestó por hacerse pasar por soltera y simuló de tal suerte la indignación de un marido celoso, que convenció al pretendiente de Regi de que ésta, en efecto, estaba casada con Ted y era una solemne coqueta.

Aprovechando un aparente descuido de Ted, el visitante se escabulló, pero Ted se las ingenió para que dejara la caja de bombones de menta que el galán llevaba a Regi.

La broma puso a Regi de tan buen humor, que no le costó mucho a Ted convencerla de que lo dejara vivir con ella hasta que volviese el barco de Bermuda para ocultar así la verdad a la novia del muchacho y evitar que se malograra la boda.

Aquella noche, a la hora de cenar, Nona y su prometido fueron a invitar a Regi yendo al cine con ellos. Mucho se sorprendieron al ver a Ted en el domicilio de la muchacha, pero mayor fue aún la sorpresa de los novios cuando éste, tratándolos con toda familiaridad, se unió a la pandilla y no sólo se hizo invitar al cine, sino también a cenar.

Cuando regresaron, Regi aseguró a Ted que debía llamar a su novia, haciendo ver que conferenciaba desde Bermuda, para que a ésta no se le ocurriera hacerlo a su vez y averiguase que el muchacho no estaba allí.

Ella misma se hizo pasar por telefonista desarrollándose la siguiente conversación entre Viviane, Ted y Regi:

- ¿La señorita Viviane Amas Snowden?
- Sí, yo soy.
- Le pongo en comunicación con Bermuda. Hablen, por favor.
- ¿Ted, eres tú?— inquirió Viviane con interés.
- Alo, Viviane. ¿Me oyes?
- Alo, Ted. Te oigo perfectamente. ¿Cuándo regresarás?
- Al llegar aquí la conversación, Regi, con ánimo de divertirse un rato a costa de Ted, interrumpió la conversación diciendo:
- Aquí, Bermuda, hagan el favor de hablar.
- Telefonista, no interrumpa— contestó la voz de Viviane, molesta porque Ted no había podido decirle cuándo pensaba regresar.

143



ALDIRA

RADIO ACTIVO

OBESIDAD vencida

Eficacia cierta y absoluta.

DISMINUCION DE 7 a 10 Kgs.

de grasa, y sólo de grasa

EN 10 SEMANAS.

Sin peligro, sin régimen.

Sin la menor oruga al recobrar el peso normal y

ELEGANTE SILUETA.

ALDIRA basado en los estudios de los más eminentes profesores de medicina de la Academia de París, se aporta en absoluto por su eficacia de todo lo existente y no permite la menor comparación. Es el único producto recetado por los médicos.

Caja, 10,25 ptas. en todas las farmacias; a reembolso 11,40.

Laboratorios Internacionales de Aplicaciones Terapéuticas L.I.D.A.T.

280, Consejo de Ciento

BARCELONA

Folleto gratuito



el solo juez: la balanza

De venta en: BARCELONA: Segalá, Esp. Pelayo, Rubio. - BILBAO: Robles, Barandian. - LA CORUÑA: Villar. MADRID: F. Borrell, Gayoso, Morín. - MÁLAGA: Gómez, S. Juan. BO. - OVIEDO: Olay, Azpiri. SALAMANCA: Estrella. SAN SEBASTIAN: Sotol. - SANTIAGO: Moderna, Bermejo. - SEVILLA: Alcauter y Cia. - VALENCIA: Gamir, Rubio, Centro Farmacéutico. ZARAGOZA: Goizueta, Farmacéutica Aragonesa, Moderna Alfonso 20

—¿Me oyes, Ted?

Pero Regi, muerta de risa, colgó el aparato y Ted acabó acompañándola con carcajadas estridentes y joviales. A los dos les había hecho tanta gracia la broma que no se les ocurrió pensar si Viviane, a su vez, podría pedir conferencia con Bermuda para averiguar qué había sucedido. Y así lo hizo, en efecto, la caprichosa millonaria, enterándose de que la llamada procedía de Nueva York y no de Bermuda.

Allan envió una caja de hermosas orquídeas a Regi y Ted, celoso, aunque no quería confesarlo, no pudo menos que preguntar a la muchacha de quién era el regalo.

—De mi mejor cliente, el señor Allan, a quien hago la manicura todas las mañanas. Es, además, mi mejor y más desinteresado amigo y camarada— aseguró Regi con suma seriedad.

—Será muy rico, ¿verdad? Porque de lo contrario no tendría choler para enviarle las flores.

—Sí, es millonario, pero está inválido a causa de un accidente de aviación y su único consuelo es que yo vaya todos los días a arreglarle las manos y charlar con él. Es tan considerado, que rara vez me habla de su vida, permitiendo que yo le cuente mis cosas. Me escucha con interés y siempre me aconseja bien. Es un hombre como hay pocos.

Esta aclaración tranquilizó a Ted y los camaradas decidieron despedirse e irse a dormir.

Al poco rato de estar acostado Ted se cayó de la cama, produciéndose un chichón y una pequeña herida en un brazo. Regi se despertó a causa del ruido y con maternal cariño le puso yodo en la herida y le dio masaje en el chichón.

—¿Duele?

—No, arde.

—Es que usted duerme muy fuerte. ¿Qué soñaba cuando se cayó de la cama?

—No recuerdo. Estaría en otro mundo. Pero creo que la causa de mi caída se debe a que la cama es muy estrecha y yo tengo costumbre de dormir en cama de matrimonio.

—¿Qué quiere decir?— inquirió Regi, alarmada.

—Si me promete no enfadarse se lo diré.

—Bueno, vale más que me lo diga de una vez.

—¿Quiere sujetarme la ropa?

—Así me dejará dormir, gracias a Dios. Acuéstese.

Y después de arroparlo concienzudamente, Regi acercó una silla al sofá para impedir que Ted se cayera de nuevo.

—Mi madre me arropaba todas las noches y antes de apagar la luz me besaba— aseguró el descurado Ted desde el sofá, pero Regi no le hizo caso y se retiró a su habitación dispuesta a conciliar el sueño.

Transcurrieron los días en perfecta armonía, y sólo faltaba uno para terminar la visita de Ted a Bermuda, cuando Regi se dio cuenta de que el muchacho no estaba lastado por el sol, cuando debiera estar moreno para hacer ver que había estado en Bermuda. Con objeto de salvar el apuro, Regi se hizo llevar a su casa un aparato de rayos X.

Ted al principio se opuso a que lo tostara la chica, pero demasiado perezoso para discutir por mucho tiempo, acabó accediendo. Estaba enamoradísimo de Regi y no sabía qué hacer para confesarle la verdad: que ya no quería casarse con Viviane porque amaba sinceramente a la bella manicura.

—¿Por qué no trabajas?— preguntó Regi a su camarada mientras le tostaba la espalda.

—¡Vaya una pregunta! ¡Bellísima ocurrencia!

—¿No hay quien le haga ceder?

—No. ¿Y a usted?

—Ni una pulgada.

Al poco rato, los muchachos se despidieron y cada uno se metió en su cama, pero no les fue posible conciliar el sueño. Una hora después se encontraron en el terrado de la casa y tras dura lucha entre el corazón y el cerebro, venció al primero; confesáronse su mutuo amor. Temerosa Regi de que el joven no pudiera acostumbrarse nunca a la vida humilde de ella, le dijo que con todo y amarle no pensaba casarse con él porque estaba cansada de ser pobre y quería a toda costa cambiar de vida.

Ted, desesperado, se vistió y se fué.

A los pocos minutos Regi se arrepintió de su comportamiento y fué a buscarlo, pero el muchacho había salido ya del edificio y no logró dar con él.

Al día siguiente llamaron a Regi a otro piso del hotel para hacer la manicura a una señorita y ésta resultó ser la prometida de Ted, que había averiguado el escondrijo de su novio y quiso conocer a la mujer que ella creía era amante de Ted.

Aún no había comenzado Regi a cumplir con su misión cuando surgió una disputa entre las dos mujeres y Regi, comprendiendo quién era la mujer que la había mandado a buscar, la dejó plantada yéndose.

Desesperada, fué a ver a Allan y le confesó la verdad de todo. Este, más firme que nunca en la idea de casarse con ella, le mostró la magnífica sortija adquirida con tal fin y le dijo que si había abandonado el proyecto de casarse con un hombre de dinero aún podían ser dichosos. Regi, anegada en lágrimas, le manifestó que persistía aún más que antes en su propósito de casarse por dinero y rechazó a su amado, que pretendía acurrirla.

—Quítate las huellas de las lágrimas— le dijo el joven—; vuelve al salón y verás la sorpresa que te preparo.

Regi, en efecto, reparó frente al espejo las huellas del llanto y volvió al salón. Mientras tanto, Ted fué a ver a su prometida y cuando ésta, llena de sarcasmo, le dijo que había averiguado que no había ido a Bermuda, el muchacho le confesó toda la verdad y le suplicó le devolviera su palabra, porque quiere casarse con Regi.

Al principio, Viviano se opuso. Aseguraba sentirse magnánimo y quería perdonar a Ted, pero este insistió de tal forma, que por fuerza hubo de comprender cuán cierto era todo lo que su novio le había dicho y le devolvió su anillo. Arrepentida por haber obrado mal con Regi, deseó buena suerte a Ted y quedaron buenos amigos.

Ted siguió los pasos de Regi y se coló en el piso de Allen, a quien encontró sentado mirando el anillo. Sin más ceremonias, se presentó y los dos hombres charlaron largamente sobre Regi. Allen se convenció de que Ted amaba verdaderamente a Regi y le aconsejó que la hiciera feliz.

—Está en la habitación de al lado —le dijo—. Vaya a buscarla y obliguella a casarse con usted. Trabaje mucho y hágala muy feliz, que bien se lo merece.

Así lo hizo Ted. Tomó a Regi del brazo, la obligó a coger su sombrero y monedero y seguirla a la calle.

Una vez allí le dijo que se iban a casar en seguida y debían darse prisa para buscar una licencia.

Mientras ella buscaba dinero para pagar el autobús, porque él no tenía ni cinco céntimos, Regi dijo que debían echar la moneda al aire para que decidiera la suerte de ellos: comer primero y casarse después, o viceversa. Ted añadió que si la moneda caía de canto lo primero que debía hacer era buscar empleo.

A causa del traqueteo del autobús, la moneda fué a parar a la calle y quedó presa en la placa de una alcantarilla en medio del arroyo, bajo un auto. Los novios bajaron del autobús y fueron a buscarla. Si es cara, a casarse tocan; si es cruz, a comer primero. Pero la moneda había quedado presa en la ranura de la alcantarilla y estaba de canto. Ted tenía que buscar empleo. Los dos se abrazaron ante medio Nueva York y decidieron cumplir lo prometido.

FIN

FREDDIE BARTHOLOMEW

(Empieza en la página 47)

cos de Warminster, Freddie reveló al fin sus callados proyectos aquella noche.

—Creo que yo debía desempeñar el papel de David Copperfield — le comunicó a su tía.

Lejos de prestarle atención, sus mayores no lo tomaron en serio.

No obstante, Freddie, que conocía tan a fondo a su personaje y había formado una decisión difícil de abandonar, volvió a la carga la mañana siguiente a la hora del desayuno. ¿Le escucharon esta vez? Tampoco. El tierno actor insistió de nuevo, ese día y los siguientes, cada vez más a menudo, hasta que al fin comenzaron a tomarlo en serio.

Dice miss Bartholomew que ahora comprende que entonces animaba a Freddie un presentimiento de que lo elegirían para desempeñar el papel. Y Freddie lo confirma. Desde que recibiera la noticia, jamás abrigó la menor duda de que sería el David Copperfield que buscaba la empresa norteamericana. Relegado a la monótona vida de una apartada aldea inglesa, sabía que lo seleccionarían, tenía fe en que iba a ser el elegido, entre millares y millares de niños en numerosos países de habla inglesa, para crear el papel del personaje de Dickens en la pantalla, el personaje infantil predilecto del célebre novelista.

No obstante, los Bartholomew no dieron paso alguno por algún tiempo.

Freddie les rogó que lo llevaran a Londres a ver a mister Solznick, pero el viaje se aplazaba día tras día. Y los aplazamientos no hacían otra cosa que aumentar la insistencia del niño. Por último, «para poner fin a tal capricho», la tía Millicent convino en llevarlo.

Y fueron a Londres... sólo para descubrir que mister Solznick había partido para América algunos días antes.

De regreso en Warminster, Freddie renovó sus demandas. El sueño se había convertido en obsesión. Volvió a leer *David Copperfield* de cabo a rabo. Y pasaba horas enteras tramando planes para hablar de la cuestión a su tía, sin importarle.

Una noche, cuando Freddie se había retirado a dormir, los Bartholomew discutieron nuevamente el asunto llegando a una decisión conciliadora. ¡No que cifraran esperanzas en la realización del sueño que perseguía a Freddie! Mas no era desafortunada la idea de sacarlo a conocer algo del mundo. La tía Millicent lo llevaría a Nueva York. Se trataba de una vacación instructiva.

Algunos días después hacían las maletas y tomaban el tren que los condujo al transatlántico en el que realizaron la primera parte de su viaje.

Una nueva desilusión los esperaba a su arribo a Nueva York. Mister Solznick se había marchado a los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer en Hollywood. Los representantes de la empresa en Nueva York acogieron cortésmente a la pareja, pero no podían hacer nada. No tenían autorización para contratar actores. Desde luego, si miss Bartholomew quería llevar a su sobrino a Hollywood...

—Habíamos ido demasiado lejos para desistir —explica miss Bartholomew—. De manera que partimos para Hollywood.

Hicieron el viaje descansadamente, visitando puntos de interés en América, que constituían una lección objetiva para Fred-

die. Al fin y al cabo llegaron a la capital del mundo cinematográfico, hospedándose en un hotel situado en el bulevar Hollywood. La tía Millicent deseaba recorrer la ciudad, pero Freddie había concebido diferentes proyectos. Instada por él, miss Bartholomew escribió una breve carta a mister Selznick, comunicándole sencillamente que habían venido de Inglaterra con la firme convicción de que Freddie era el niño que la empresa buscaba para el papel de David.

La carta llegó a manos de mister Selznick en momentos en que la empresa hacía desesperadas gestiones para encontrar un David infantil perfecto. Se habían presentado más de diez mil postulantes, siendo todos entrevistados por la empresa. Centenares de ellos habían sido sometidos a prueba fotográfica. A cada postulante se le otorgaba audiencia inmediata, pues la aparente imposibilidad de hallar al requerido actor infantil causaba grave retraso en la producción de la película.

En respuesta a su carta, miss Bartholomew recibió una llamada telefónica, invitándola a presentarse con Freddie en los estudios. Al llegar, fueron recibidos por un empleado que en el acto arregló la entrevista con mister Selznick.

Algunos momentos después, respondiendo a los golpecillos de una mano tímida, mister Selznick abrió la puerta de su oficina, haciendo entrar a un niño delgado de cabello crespo y ávidos ojos.

—Soy David Copperfield — dijo la apatición.

[Y por cierto que lo era]

Mister Selznick ordenó una prueba foto-

gráfica. El director, George Cukor, se mostró entusiasta por el resultado. Freddie fué recibido como un gran «descubrimiento» y el desempeño de su papel lo elevó al firmamento estrellado de la fama. Su arte emocionó al mundo entero.

Después se le ha dado la parte de hijo de la heroína en *Ana Karenina*, papel que tiene Greta Garbo. El tierno actor está en los estudios de la Metro-Goldwyn-Mayer, y aparecerá en otras películas.

Mas su triunfo no ha alterado mucho a Freddie. Cuando le preguntamos qué es lo que había hecho al enterarse de su elección para el papel de David Copperfield, contestó:

—Sissie y yo regresamos al hotel... Nos tomamos de las manos, bailamos en el cuarto, y después me metí en cama.

Freddie nunca había tenido duda alguna sobre el resultado; jamás había vacilado en su fe. A él la decisión le sorprendió menos acaso que a otra persona alguna.

En Hollywood Freddie goza de grandes simpatías, no por ser niño, sino por conducirse como un perfecto «caballero». No es esquivo ni importuno. Le gustan los juegos y los compañeros infantiles. Uno de sus recreos favoritos es montar a caballo, y tiene predilección por el vestido de jinete vaquero que le ha regalado Elizabeth Allen, su «madrina» en el arte cinematográfico.

¿Sus planes para el porvenir?

¿Qué niño hace planes que pasen del día de mañana?

Freddie quisiera ser un novelista como Dickens... o mejor, tal vez, un jinete vaquero con granja, vacas y todo.

PAUL BRANT

Ninguna señora
deberá olvidar para su
toilette íntima



Salus timoladas "SALUS"
DE MEDIANA DE ARAGON
CAJITAS A 1'50 Y 2'50 PESETAS

TRIUNFA EN ESPAÑA

CON EL SUPREMO ESPECTÁCULO MUSICAL DE TODOS LOS TIEMPOS

SOMBRERO DE COPA

que el sábado de Gloria ha sido estrenado en las principales poblaciones y locales de España, entre los que destacan Astoria, de Barcelona; Avenida, de Madrid; Rialto, de Valencia, y Goya, de Zaragoza

CON LOS MAGNATES DEL RITMO

FRED ASTAIRE
GINGER ROGERS

Y EL FORMIDABLE ACTOR CÓMICO

EDWARD
EVERETT HORTON

¡SOBERBIOS ESCENARIOS!
¡GRANDIOSA REALIZACIÓN!

y la más deliciosa y apasionante de las intrigas

Con la nueva y vibrante danza

"El Piccolino"

Música y canciones del gran compositor, mago de la música moderna

Irving Berlin

MAS sugestiva que LA CARIOCA
MAS enloquecedora que EL CONTINENTAL
MAS bella que el vals de ROBERTA



UN FILM RADIO... NATURALMENTE!



Se ha puesto a la venta el
número de PRIMAVERA de

FilmoTeca
de Catalunya

Pictorial

EDICIÓN ESPAÑOLA
ALBUM DE MODAS Y ELEGANCIAS

REDACCIÓN COMPLETAMENTE ESPAÑOLA

3 PESETAS

Vea en casa de su librero este modernísimo y suntuoso magazine trimestral, cuyos elegantes figurines y crónicas ilustradas sobre la moda y el gran mundo la orientarán cada temporada en todas las actividades de la vida social.



Envío por correo certificado, libre de gastos, si se remite su importe a

P I C T O R I A L

Valverde, 28
M A D R I D

Diputación, 211
B A R C E L O N A



PROYECTOR

Filmoteca
de Catalunya

CAROLE LOMBARD
vista por ALF.



MAGAZINE MENSUAL DE CINE